

# EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



**PRECIO DE SUSCRICION.**  
EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.  
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.  
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 36.—2 Setiembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.  
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administración libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.  
Un número suelto, 3 rs. vn.

## SUMARIO.

Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—Historia de tres casamientos, por don A. A. de Sotomayor, (artículo tercero: continuacion.)—La voz de amor (poesía), por don Antonio Corzo y Barrera.—Pascual Bruno, por A. Dumas (continuacion).—¡Era un ángel! por don Ramon Real de Mendoza.—¿Por qué canto? (poesía), por doña Francisca Carlota del Riego Pica.—Efecto de los anteojos, por don Julio Barceló.—Plegaria de amor (poesía), por don M. Gelabert.—Las hadas y sus hechizos: cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento quinto).—A Matilde (soneto), por F.—Retirado como un semanero, por don V. Joaquín Bastús.—Apuntes de viaje, por Flores.—Variedades.

LÁMINAS. Cercanías de Neufchatel, en Suiza.—Madrid desde la Fuente de la Teja.—Estanque grande del Retiro.—Castillo de Bronnen.

## REVISTA DE MADRID.

¡Lástima grande que no sea verdad tanta delicia!—Miró.—Di-Franco.—Adorno de sala puesto en la calle.—Un borracho que ve en Garibaldi un calavera.—¡Un moro! ¡un moro!—Todos son vulgo.—Espectáculo no-católico que sustituye á otro idem.—La rubia que me mare.—Quéde V. con Dios.

Sr. D. R. R. de Mendoza.

Mi querido amigo: ayer me decía mi apreciable y simpática amiga Gloria Brisa y Deleite:

—De quince en quince días tengo un verdadero placer en que venga V. por la mañana á interrumpir mi dulce sueño: le cojo á V., amigo mio, con la mano derecha y le coloco sobre mi almohada de modo que pueda verle á mi satisfacción, como el chocolate con la izquierda y empiezo á mirarle á V. de arriba á abajo hasta que concluyo con V.: en suma, leo sus revistas con el mayor gusto.

Suspense me quedé y absorto, escuchando á mi amiga, que debo advertir á V. es una niña rosada, ligera, bulliciosa y linda, que se llama Gloria con mucha propiedad, que es suave, blanda, cariñosa y perfunada como la mas agradable brisa y que tiene un trato que deleita verdaderamente.

—De todo lo que V. dice, le contesté, nada siento tanto como que no sea verdad el que V. acabe conmigo, porque ¿qué muerte pudiera prometerme mas dichosa?

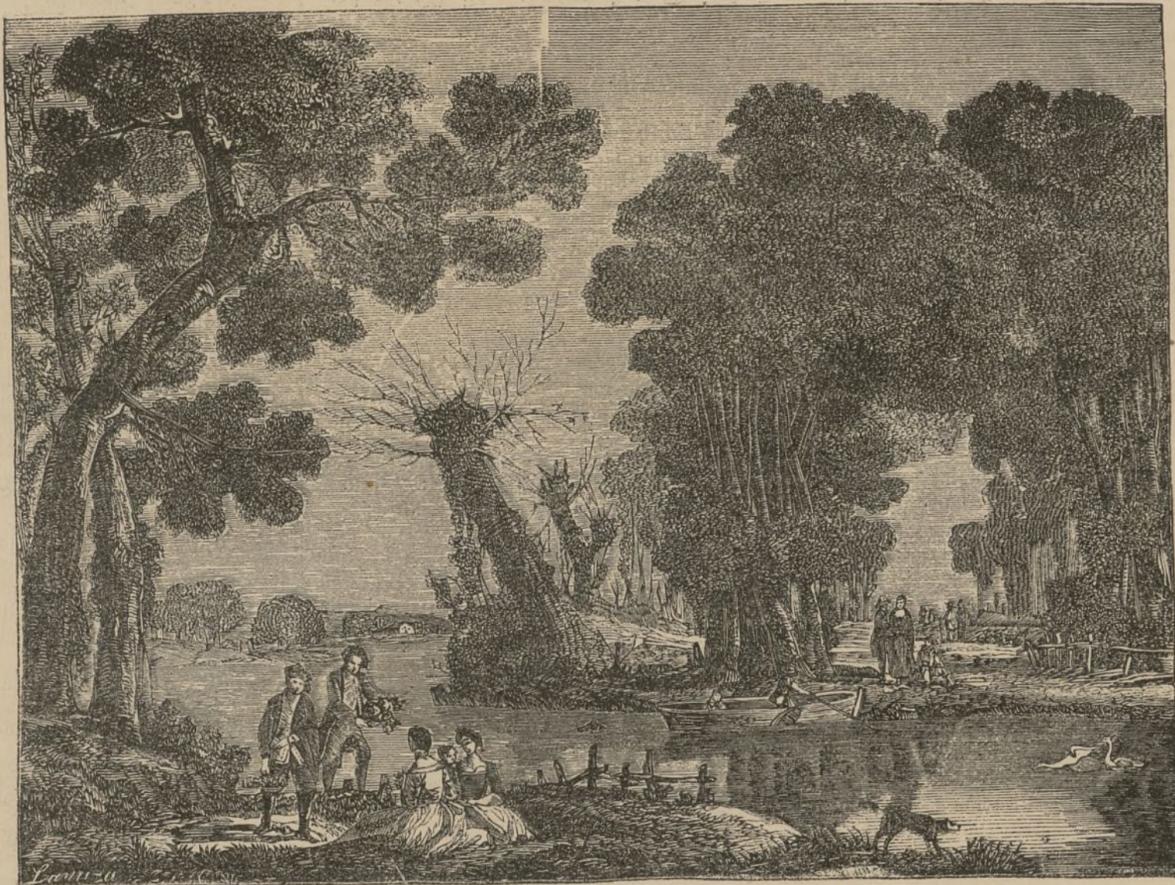
En primer lugar, moría por la gloria como los héroes; en segundo, muerto á manos de Gloria tendria asegurada la gloria eterna, y por fin, la materialidad de la muerte ¿qué podía ser sino gloria, puesto que por Gloria moría?

¡Ah, Gloria, Gloria! ¡Lástima grande que no sea verdad tanta delicia!

—Basta de música, nuevo Góngora, me dijo haciendo una divina mueca; tengo que preguntarle á V. una porcion de cosas. ¿Qué dice V. en la revista de mañana?

—Tonterías: cosas que todos saben.  
—Tambien todos sabemos lo que son las mañanas de abril y sin embargo gustamos de disfrutarlas.

—Es V. tan buena como linda.  
—¿En ambas cosas ha reparado V?  
—En ambas, como todo el mundo.  
—Nadie lo diría.  
—¿Por qué?  
—Por nada.  
—No sea V. inícuca, que sobradamente sabe V. que á mi mas que á nadie me enloquecen esos ojos, y sino fuera V. tan veleidosa...



Cercanías de Neufchatel, en Suiza.

—Vaya: hablemos de otra cosa, dijo haciendo otra mueca arrebatadora. ¿Qué va V. á decir de

## EL CIRCO DE PRICE?

—Poco: que sigue como siempre; que he vuelto á oír gritar á la Kenebel y ver la nueva produccion de Price papá, que en fecundidad, enredo, chiste y novedad, deja muy atrás á Tirso y Breton; y buena prueba ha dado en la pantomima *Vol au vent*, que es digna del ingenio mas favorecido; y que he visto tambien el *Paff, Piff, Puff* con que nos ha regalado nuevamente, y solo el *Puff* me pareció lo cierto.

—Les trata V. cruelmente.  
—Peor tratan ellos al público.  
—¿Con que la Tampé se marcha?  
—Sí, y segun se dice, se van Carlos Price y la Kenebel, y los hermanos Mariani, y todo el mundo.  
—¿Pues qué se cierra el Circo?  
—No: dicen que viene la Irma y Franc-Pastor, y no sé quien mas.

—¿Y de teatros, sabe V. algo?  
—Lo que todos, que por fin el Circo de la plaza del Rey se abrirá con una compañía de zarzuela, y que sobre esto lanzó *La Epoca* á *El Clamor* una pulla que vale un millon.  
—No me cuente V. chismes. ¿Conoce V. á los cantantes?  
—Algunos: conozco á Miró, que es un tenor cómico que tiene gran inteligencia de la música, y á Di-Franco, que es un baritono regular, aunque como Miró, no de muchas facultades. Este canta con mucho gusto.  
—¿Y qué me cuenta V. de la esposicion de bellas artes?  
—Grandes cosas; que preparan muy buenos cuadros los señores García Unceta, Esquivel, Ferran, Benjumea, Tomé Castro (don Rafael), Van-Halen y Haes.

—Eso no es decir nada. ¿Cuáles son los asuntos?  
—El de García es: *la muerte del rey don Sancho en el cerco de Zamora*; los de Unceta, Esquivel, Ferran y Benjumea, *episodios de la guerra de Africa*; los de Tomé y Castro, *perspectivas respectivamente de la iglesia de San Isidro de Madrid y de la catedral de Toledo*; Castro se ocupa tambien de *otro cuadro de asunto histórico*, y Van-Halen pinta *una torada á orillas del Jarama*, y segun los que la han visto

Es tal la propiedad, que cuando pacen golfos de jaspes las riberas hacen;

coge debajo del fanal, cubriéndola tan perfectamente que la pobre creyó ahogarse y representó una escena grotesca dentro del fanal como un florero.

—Eso, querida Gloria, le dije, no lo comprendo, y aunque no lo pongo en duda, el público lo va á juzgar inverosímil.

—¿Por qué?  
—Porque ¿qué muger de las de estos tiempos, que con los mirinaques apenas caben en el mundo, va á caber debajo de un fanal?

—Amparo que cogió, que no le gasta, y sobre todo Amparo, á quien yo vi. ¿Sabe V. cuándo fué? el día que nos encontró V. en la calle de Alcalá cuando íbamos al Prado.  
—¡Ah! sí; por cierto que iba V. con una jamona, como dicen los pollos, que me chocó por lo escotado que llevaba el vestido.

—Y apropósito, en confianza, dígame V. ¿en qué consiste que las jamonas gustan mas de ir escotadas que ustedes las pollas?

—Yo no sé que unas gusten mas que otras, pero se comprende porque como las jamonas son generalmente gruesas y están ya en la plenitud de su desarrollo, tienen buenos hombros y gustan de lucirlos, al paso que hay muchas polluelas delgaditas que no pueden lucir mas que huesos.

—No es V. de esas, que tiene V. unos hombros muy lindos; pero con permiso de V., yo creo que consiste en que como las jamonas suelen ya tener gastadas las armas manifiestas de su hermosura, tienen que descubrir cuantas les es lícito: son conquistadoras que habiendo quebrado lanzas en las lides del amor tienen que sacar la espada para sostener la mas pequeña empresa.

—Bueno, será lo que V. quiera; pero quedamos en que dirá V. en la revista lo que le he contado para que las gentes cargadas no vayan por las aceras.

—Ahora mismo, le contesté, voy á trasladar este diálogo ce por ce.

—Pues no diga V. lo de mis hombros.  
—Vaya si lo diré; todo, todo: así me encuentro hecha la revista, que V. es la niña mas parlanchina que ha producido Madrid, y serviría para el caso mejor que yo.  
—Entonces no diga V. mi nombre.  
—Si que le diré, y sus apellidos.  
—Pues no le vuelvo á V. á saludar.

—Ya se le pasará á V., la dije, y la dejé; y me iba maquinalemente hacia mi casa, cuando me obstruyó el paso un corro de gentes que permanecían impasibles viendo á un calavera dar de golpes á un respetable anciano, cuya hija lloraba á su lado llena de aflicción.

Como soy curiosillo pregunté á uno del corro:

—¿Qué es ello?

—Nada me contestó, que algunos acostumbran á contestar casi aunque se hunda el mundo.

—Es que ese caballero, continuó, según dice ese otro que le pega, es un tirano que trata de un modo muy absoluto á esa niña que está llorando, porque ella desea tener novio, usar miriñaque y otras cosas de moda, y él se lo impide por no parecerle bien.

—¿Y quién es ese atrevido, repliqué yo, que así se mete en lo que no le llaman ni le interesa?

—Interesarle si señor; me dijo, que he oído que quiere alzarse con la niña que es un conjunto de gracias.

—Mas que eso sea, añadí, si le mueve su interés particular, tanta mas razón para que se castigue su insolencia; aparte de que los pretextos en que V. dice se funda no los comprendo, puesto que si el tino ese es el novio de esa mozueta como parece, y ella según veo, trae su miriñaque como todas, el padre ha concedido cuanto tiene que conceder.

—Sí, me contestó, pero dicen que no ha hecho de buena fé esas concesiones.

—Y á él qué le importa, ni que títulos tiene para...

—Ahí verá V.

—Lo que veo y no comprendo dije alzando la voz y dirigiéndome á todos, es que una porción de personas honradas estemos viendo escarnecer á este pobre anciano sin tratar de evitarlo.

—¿Quién le mete á él en ello? me dijo entonces uno del corro muy rubio, casi rojo, que olía mucho á rom y parecía inglés; ¿para qué no deja á la chica hacer lo que la dá gana?

—¿Pero V. no repara, le dije yo, que si á las niñas no se les pusieran ciertas cortapisas, de error en error y de locura en locura darían consigo en el abismo?

—Que dieran donde las diese la gana, cada uno es muy dueño de sí y de sus acciones.

—Por ese principio... comenzaba á replicarle, y me detuve pensando que á ciertas personas no se les puede hacer el honor de discutir con ellas.

Mas movido de un sentimiento de justicia dije dirigiéndome á los que me rodeaban:

—¿Pero es posible que nosotros no evitemos que á ese pobre padre se le apalee?... y me iba ya á arrojar á impedirlo rompiendo por los que delante de mí estaban, cuando un borracho que andaba por allí haciendo genuflexiones, me dijo guiñándome por un brazo:

—V. es un pobre hombre. Voy á probarle que no hacemos nada nuevo con ver apaleado á ese viejo, y sino vaya una comparación: Nápoles es una doncella como esa que está ahí gimoteando; el rey Francisco es su padre; el novio, el miriñaque, y las cosas de moda son la Constitución y la milicia nacional; el mozo que intenta alzarse con la doncella es Garibaldi, y España, Francia, Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria y las demás naciones, son otras tantas personas honradas que ven los toros sin decir esta boca es mía: cuando las naciones obran así, ¿qué tiene de extraño que nosotros permitamos á ese gandul maltratar á ese pobre hombre? Atienda V. el ejemplo, métese V. en su camisa y cepos quedos.

Dijo y me convenció, y seguí mi camino hasta que otra porción de gente me distrajo gritando, ¡un moro! ¡un moro!!!

Parece imposible; todos son vulgo. Mire V. ¿qué tendrán que ver los moros?

A su satisfacción los vieron los que concurrieron al Circo de Price la noche que ellos

—Esa gente, decía uno refiriéndose á ellos, no se ríe de nada.

—Ahora se ríen, decía otro.

—Mí que pañuelo saca pá sonarse las narices, decía aquel, si tiene tres varas. ¡Qué atrocidad!

—Pues ahora saca otro.

—¡Calla, pues trae tres pañuelos!

—¿Y qué barba tiene el gran moro! parece un...

—Ahora, ahora, se ríe Jipijapa, decía este.

Y en fin, ellos hicieron el gasto, y como Price vió que nos daban un espectáculo no católico de los que él dá comunmente, fué aquella noche mas católico de lo que acostumbraba. Y por fin, como todo se acaba, se acabó la función, y al salir tropecé con una hembra rubia, por la que ya he tropezado otras veces, que es mi día y mi noche, mi vida y mi muerte, mi sol y mi cielo, que no quiero llamarla luna, y es tan cruel que me miraba, y sabiendo las angustias que por su amor pasa mi pobre corazón se reía á todo trapo con su madre. ¡Oh beldad! ¡Oh divinidad! ¡Oh impiedad! ¡Oh crueldad! ¡Oh calamidad! ¡Oh iniquidad! ¡OH INSENSIBILIDAD!!!

En fin, ya que todo acaba, permítame V. que acabe aquí mi revista, y pídale á Dios ordene á ese títere de Cupido que cese mi amor á mi rubia, ó que mi rubia defire por mí y venga á pedirme un sí que yo no sabré negarle.

Adios, soy de V. eternamente, como de mi apreciable, alta, esbelta, elegante y simpática rubia.

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

## HISTORIA DE TRES CASAMIENTOS.

(Continuacion.)

Doña Vicenta continuó esponiendo su plan de marcha,

cuyos porneros atravesaban como un puñal el corazón de los dos amantes.

Por último, Enrique se despidió; pero al salir se detuvo en la meseta de la escalera.

A poco rato Julia se asomó al ventanillo; tenía los ojos encarnados y se enjugaba las lágrimas con su pañuelo.

—Ya lo has oído, Enrique, vamos á separarnos, dijo con una voz entrecortada por los sollozos.

—No, Julia, es imposible; yo no quiero, no puedo perderte, porque me moriría.

—¿Y qué hacer si mi madre se obstina en alejarse de Madrid?

—¿Me quieres mucho, Julia?

—¿Puedes dudarlo?

—¿Estás dispuesta á dividir conmigo las penas y las alegrías, la fortuna y la adversidad?

—Nada me acobarda á tu lado, Enrique.

—Entonces estoy decidido, te pediré mañana mismo á tu madre, y veremos si despues de casados intenta separarnos.

Julia guardó silencio, pues se hallaba demasiado conmovida para poder hablar.

—¿Nada me respondes? ¿rechazarías tal vez mi propuesta?

—Sería entonces un monstruo de ingratitud, dijo la joven con ternura; acepto y te doy gracias, porque tu amor es mi vida, y ahora acabas de darme una prueba que no me permite dudar de él.

Y Julia alargó á Enrique su mano, en la cual éste se apresuró á estampar un ardiente beso.

Despues los amantes se hicieron mil protestas y se despidieron hasta el día siguiente.

Aquella noche no durmió Enrique, pues rodaban en su cabeza mil pensamientos confusos, y batallaban entre sí sus ideas tan embrolladas como el caos.

Conocía perfectamente la gravedad del compromiso que iba á contraer.

Veía que perdía su libertad.

Que echaba sobre sí pesadas obligaciones.

Que sus recursos eran insuficientes para sostenerlas.

Que de un día á otro podía perder su destino y se esponía á morir de hambre.

Y no solo él, sino su esposa y tal vez sus hijos.

A esta idea un sudor frio bañaba la frente de Enrique.

Pero ¿y perder á Julia? ¿y renunciar al ídolo de su corazón? La muerte era mil veces preferible.

Por otra parte, con ella la cadena del matrimonio era una guirnalda de rosas.

Las obligaciones muy llevaderas y muy grato el cumplirlas.

Porque era tan buena, tan aplicada, tan juiciosa, que mas bien que una carga seria un auxilio.

Además, la Providencia no abandona á nadie: si le quitaban el destino buscaría otra colocacion, encontraría otros medios para vivir, pues solo se mueren de hambre los necios y los holgazanes.

Estaba decidido y se casaría; despues Dios sobretodo.

Así piensa un enamorado: todo lo convierte en provecho de su pasión.

—¡Cuánto sofisma! ¡Cuántas ilusiones!

Enrique se levantó sin haber dormido por un momento, y resuelto á dar en el mismo día algun paso.

Ese paso que en determinadas circunstancias lanza á un hombre desde un camino ancho y desembarazado á otro lleno de escabrosidades y peligros.

Mejor que paso debería llamarse salto.

El salto de Leucades ó el de la catarata del Niágara.

Pero á los veinte y cinco años hay todo el valor necesario para casarse sin bienes de fortuna, sin mas porvenir que un destino de seis mil reales, sujeto al capricho de un director ó un ministro.

—¡Dios proveerá! se esclama, y adelante.

Enrique se vistió con esmero y fué á casa de su ama, preguntó á la doncella-cocinera por su señora y entró en la sala despues de lanzar una mirada á la puerta entreabierta de una habitacion donde distinguió la blanca frente y los brillantes ojos de Julia.

Doña Vicenta estaba sola, y Enrique sin preámbulos ni rodeos le espuso su pretension.

La buena mamá aparentó cierta sorpresa sin embargo de que aguardaba este paso.

—Pero Enrique, dijo, V. tiene padres y no cuenta con su auencia.

—En primer lugar la marcha de V. es demasiado inmediata para dar lugar á consultarlos y lo haré, obtenido que sea su consentimiento, y en segundo que soy mayor de edad y puedo disponer como me plazca de mi persona.

—Sin embargo, creo muy político y prudente cumplir con los deberes de un buen hijo.

—Lo haré, señora; pero antes necesito saber la voluntad de V.

—Por mi parte estoy decidida á dar á mi hija todo el gusto posible, y si ella accede desde luego estoy conforme.

—Me hace V. feliz, pues cuento con su cariño.

—Entonces no hay mas que hablar.

Julia fué llamada, y con los ojos bajos satisfizo por completo las palabras de Enrique.

El viaje quedó en proyecto, pues doña Vicenta no debía separarse de su hija.

A tener menos amor, tal vez Enrique habria sospechado algo de aquel malhadado proyecto.

No por parte de Julia, sino por la de la futura suegra. ¡Usan estas á veces unas añagazas!

Pasó algun tiempo: se recibió la contestacion de los padres de Enrique, dejándolo en libertad para hacer su gusto: se compraron algunas prendas de ropa para la novia y los indispensables muebles, y una mañana muy temprano se celebró en la parroquia su matrimonio con la mayor modestia.

Habia sido resuelto que doña Vicenta viviria con los re-

cien casados, y como era natural Enrique abandonó su casa de huéspedes para trasladarse á la que ocupaba su esposa.

La luna de miel fué magnífica: amor ardiente á todas las horas del día y de la noche es un manjar muy sabroso en tanto que el abuso no produce empacho; pero en esta ocasion no era de esperar llegase semejante estremo: Julia era muy bella y muy discreta, y Enrique consecuente y dócil: se adivinaban los pensamientos, transigian con sus debilidades, y la mas pequeña nube no parecia enturbiar el horizonte de su felicidad doméstica.

Mas nada es durable en este mundo, y un cambio político fué la horrorosa tormenta que agitó las aguas de aquel lago tranquilo y trasparente.

Enrique volvió una mañana de su oficina mas temprano que de costumbre, y al ver su palidez y su entrecejo fruncido su esposa dejó escapar un grito de alarma.

—¿Estás malo, Enrique, exclamó?

—Ojalá fuese así, pues me daría por contento.

—Me asustas con esas palabras, ¿qué sucede?

—Me han dejado cesante, dijo Enrique, con tono sombrío.

—¡Válgame Dios! ¿Y por qué? ¿ha habido algun motivo?

—Ninguno: mi conciencia está muy tranquila, y el aprecio de mis compañeros y gefes me justifica; pero el nuevo ministro ha hecho una reforma en la plantilla de su dependencia, y con ese pretexto ha cambiado el personal: tenía muchos paniaguados, y con el plausible motivo de una medida política y económica, ha puesto en la calle á los empleados mas antiguos, celosos y entendidos, para hacer entrar una pandilla de ignorantes y mequetrefes, que solo cuentan por mérito su parentesco ó su amistad.

—¿Y qué hacemos? dijo Julia llorosa; ¿cómo podremos aguardar una nueva colocacion, cuando tu corto sueldo no nos ha permitido ahorrar nada?

—¿Cómo quieres que yo te lo diga ahora? Solo encuentro el medio de vender hasta la camisa para ir comiendo.

—¡Somos muy desgraciados! gimíó Julia.

—Si te llamas desgraciada al primer contratiempo que te sucede, bien podías no haberte casado conmigo, dijo Enrique á quien el disgusto exasperaba.

La joven rompió á llorar.

—¿Pero por qué lloras? ¿Se puede esto remediar con lágrimas?

—Porque eres muy injusto, porque interpretas muy mal mis palabras y tomas por arrepentimiento el dolor que siento; porque eres un ingrato que no sabes apreciar mi cariño.

—Vamos, dijo Enrique dulcificando todo lo posible su voz: cálmate, que todo puede arreglarse: no está la situacion tan desesperada.

—¿Pero qué piensas hacer?

—Allá veremos; tengo algunos amigos, y sino consigo mi reposicion, tal vez pueda colocarme en alguna oficina particular.

La conversacion siguió sobre este tema adoptando entre varios planes y proyectos el mas positivo ó sea el de una estricta economía.

En Madrid todo vá muy largo, y Enrique á pesar de prometerle sus amigos que trabajarían con empeño en su colocacion aguardó tres meses sin conseguir esto.

Sus recursos iban agotándose y la corta viudedad de doña Vicenta no alcanzaba para la manutencion de los tres: habia despedido á la criada, y á pesar de que todo lo hacian apenas podian pagar los gastos de casa y comida.

Como nunca habian tenido lujo, la economía adoptada era casi la miseria, y esta tiene un aspecto demasiado melancólico para permitir á los desgraciados á quienes persigue entreabrir sus labios con la menor sonrisa ni desarrugar por un momento los pliegues de su entrecejo.

La tranquilidad habia desaparecido de aquella corta y honrada familia.

Verdad es que Julia se mostraba resignada y seguia dando á su esposo las mismas muestras de cariño; pero este pasaba la mayor parte del día recibiendo promesas que no se cumplían, haciendo antesalas ó sufriendo decepciones, y al volver á su casa podia encontrar suficiente indemnizacion para su amor humillado y sus esperanzas defraudadas en las caricias de su muger, mas no veía en ellas un recurso para el porvenir ni una garantía contra la miseria.

Habia perdido su natural alegría, y la vista de Julia que en otro tiempo le era tan grata le hacia recordar sus penosos deberes, y evitaba cuanto era posible estar en su casa.

En vano ella le reconvenia con dulzura por su frialdad, inútilmente procuraba hacerle recobrar su buen humor, cada vez se hacia mas adusto su carácter, y á medida que el tiempo trascurría sin salir de la incertidumbre se hacia mas áspero y enfadoso.

Al fin entró un día algo mas tranquilo en apariencia y anunció á su muger que habia obtenido una plaza de escribiente con tres mil reales en las oficinas del crédito mobiliario.

—¡Tres mil reales, dijo sorprendida, cuando antes tenias seis mil!

—Al menos tendremos alguna ayuda para poder esperar.

Cualquiera calculará lo que con ocho reales diarios puede hacer en Madrid un matrimonio: verdad es que tenían además la viudedad de doña Vicenta; pero esta se destinaba á pagar la casa y algunos otros gastos, quedando atenidos al sueldo para comer y vestir.

Un año de miseria vale por diez de bienestar, y Enrique calculaba friamente al cabo de este tiempo sintiendo ya apagada la llama de su ardiente amor, y en su lugar el peso de una carga muy dulce y llevadera en distintas circunstancias; pero penosa hasta lo sumo en las que para él concurrían.

Si yo hubiese estado soltero, se decía interiormente, habria pedido marcharme con mi familia, y pasar allí el tiempo de mi cesantía; pero tampoco ella está lo bastante des-

ahogada para sufrir el aumento de un matrimonio. Una prueba de ello es la negativa de mi padre á enviarme ningún socorro: verdad es que nunca me ha demostrado gran cariño y que es sumamente avaro; pero esto también debí tenerlo presente para no contar con ese punto de apoyo: mi muger es un ángel y debía ser completamente dichoso; mas no es posible la dicha con la miseria. ¡Quién pudiera volver atrás el tiempo!

Y lanzaba un fuerte suspiro.

Así trascurrían los meses, y las dulzuras del matrimonio se iban agriando con las privaciones, el trabajo y la escasez.

Además Enrique era celoso y los dependientes de los particulares ó de las sociedades tienen mas horas de trabajo que los del gobierno; así es que desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde, y desde las seis á las diez de la noche tenía que permanecer en la oficina, dejando á su muger espuesta á las seducciones de los pisaverdes y galanteadores de oficio: verdad es que tenía confianza en su virtud; pero esto no le impedía pasar mil fatigas y congojas en tanto se hallaba fuera de su vigilancia.

—Hay en Madrid tanto vago, se decía, hay tanta inmoralidad y tantos medios de seducción que es difícil resistir siempre á la multitud de lazos que se tienden á una muger.

Y muchas veces que era atormentado por esta idea tomaba el sombrero y con cualquier pretexto volaba á su casa donde veía á su muger que tenía prohibición de salir sin él.

Pero no bastaba esto para tranquilizarlo; pues desde la calle, desde los balcones de la recinada, desde la escalera podían hacerse señas, enviarse recados ó billetes, y empezar así una seducción, cuyas consecuencias era imposible preveer.

Y como la imaginación camina tan aprisa, y las ideas son á veces tan absurdas, ya el infeliz se figuraba ver á Julia en brazos de otro riéndose del pobre marido que sudaba el quilo para ganar un pedazo de pan, y saboreando en su ausencia las delicias de una pasión perjura y adúltera.

Y á esta idea caños de sudor frío le caían por la frente, y rompía la pluma sobre el papel y tenía que pedir agua para no quedar sofocado.

Y á pesar de que todo era una ilusión, al volver á su casa creía encontrar sobre el rostro candoroso de Julia las huellas del crimen, y en su dulzura y caricias el mas odioso refinamiento de hipocresía.

En medio de estos tormentos, de este martirio, Julia le anunció un día con cierto placer mezclado de rubor que estaba en cinta.

La dulce idea de la paternidad que en otra ocasión le habria vuelto tan feliz, hizo á Enrique dar un salto sobre la silla que ocupaba.

—¿Estás segura de lo que dices? exclamó:

—Sí, esposo mio, no he querido manifestártelo hasta no tener la menor duda.

—¡Horror! ¡un hijo! ¿Y con qué le vestiremos? ¿cómo lo criaremos? ¿qué recursos contamos para atender á los gastos que origina un nacimiento y un bautizo?

—No nos faltará algún medio, dijo Julia con dulzura, pues hasta ahora hemos salido adelante.

—¡Pero de qué modo! ¡Y yo que habia concebido la ilusión de que al menos no tendríamos prole! Esto es para desesperarse.

—¿Y qué remedio tiene?

—¡Ninguno mas que ahorcarse! ¡Maldita la hora en que concebí la detestable idea del casamiento!

—¿Con que estás arrepentido? exclamó Julia con amargura, ¿con que tan desgraciado te hago?

Y se dejó caer sollozando sobre una silla.

—No es eso, dijo Enrique, conociendo que se habia propasado; tú no tienes culpa y te quiero mucho, muchísimo; pero nuestra posición es bien triste.

—¿Y soy yo la causa?

—No, dijo Enrique, sin atreverse á disgustar mas á su muger.

Pasaron cuatro meses y al cabo de ellos vino al mundo un robusto infante que fué bautizado con el nombre de su padre.

Mal que bien pudieron salir adelante con el bautizo; pero los grandes apuros fueron en la cuarentena, durante la cual el pobre Enrique sudó cada gota como una avellana, á pesar de estar en enero.

(Se concluirá.)

## LA VOZ DE AMOR.

(EN UN ALBUM.)

Si allá en la noche callada  
cruzas la verde pradera  
y oyes la voz lastimera  
del viento murmurador;

No huyas, niña, temerosa;  
no es el viento lo que oiste:  
es el suspiro de un triste  
que está muriendo de amor!

Si huella un jardín tu planta  
y ves en tierra abatida  
una flor descolorida,  
sin frescura y sin olor;

No indiferente sonrisa  
vague por tus labios rojos,  
pues de esa flor los despojos  
dicen que ha muerto de amor.

Si oyes el canto del ave,  
y el murmullo de la fuente  
y del mar el son rugiente,  
y del trueno el estridor;

No temas, niña, no temas;  
esa es la voz de natura  
que presa en cadena dura  
está gimiendo de amor.

Si al pasar la alegre vista  
por mi humilde cantilena,  
comprendes mi oculta pena,  
mi recóndito dolor;

Falsos no juzgues los ayes  
que exhala el alma sufriendo:  
advierte ¡ay! que estoy muriendo,  
que estoy muriendo de amor.

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

## PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

(Continuacion.)

IX.

En el castillo de Castelnuovo habia fiesta el 1.º de mayo de 1805.

Pascual Bruno estaba de buen humor y daba de cenar á uno de sus buenos amigos, llamado Plácido Meli, honrado contrabandista de la aldea de Gesso, y á dos muchachas que este último habia traído de Mesina, con intento de pasar alegre noche. Tan amistosa atención habia afectado mucho á Bruno, y para no quedar atrás en obsequios respecto de tan previsor camarada, se habia encargado de hacer los honores de su casa á la compañía, en consecuencia de lo cual salieron de la bodega los mejores vinos de Sicilia y de Calabria, al mismo tiempo que fueron puestos á contribucion los primeros cocineros de Bauso, desplegando aquel lujo singular en que á veces tanto se complacia el héroe de nuestra historia.

Seguia la orgía su curso atronador, y apenas se habia dado principio al banquete, cuando Alí trajo á Plácido una esquila de un aldeano de Gesso. Plácido la leyó, y estrujando iracundo el papel entre sus manos, exclamó:

—¡Por la sangre de Cristo! ¡Vaya una hora que ha escogido!

—¿Quién? dijo Bruno.

—¡Pardiez! el capitán Luis Cama de Villa San Giovanni.

—¡Ah! ¿nuestro proveedor de ron?

—Sí, respondió Plácido; me avisa que está en la playa y que desea alijar un cargamento antes que los aduaneros sepan su llegada.

—Los negocios ante todo, compadre, dijo Bruno. Te aguardaré; me quedo con buena compañía, y tranquilízate; si no tardas mucho, aun hallarás de todo cuanto dejas, y mas de lo que pudieras tomar.

—Es cosa de una hora, replicó Plácido aparentando ceder al racionio de Bruno; el mar está á cincuenta pasos de aquí.

—Y toda la noche es nuestra, dijo Pascual

—Buen apetito, compadre.

—Buen viaje, maestro.

Plácido salió, Bruno se quedó con las muchachas y como lo habia prometido á su amigo, nada perdió por la ausencia de este la animación de la fiesta. El buen humor de Bruno valía por dos y la conversacion y la pantomina comenzaban á tomar giros animados, cuando la puerta se abrió entrando un nuevo personaje: Pascual se volvió y reconoció al mercader maltés de que ya hemos hablado, y de quien era uno de los mejores parroquianos.

—¡Ah pardiez! dijo; bien venido seas, sobre todo si traes pastillas del serrallo, tabaco de Latakí y chales de Túnez; ahí teneis á dos odaliscas que están aguardando les eche un pañuelo, y lo mismo les dará que esté bordado de oro, ó que sea de muselina sencilla. A propósito, vuestro opio ha hecho maravillas.

—Me alegro mucho, respondió el maltés; pero vengo con muy distinto objeto.

—¿Vienes á cenar, no es eso? Siéntate ahí, y repito que seas bien venido. Ese es un asiento de rey; enfrente de una botella y entre dos muchachas.

—Vuestro vino es excelente, y esas damas me parecen muy bellas, respondió el maltés; pero tengo que deciros una cosa que importa mas.

—¿A mí?

—A vos.

—Habla.

—A vos solo.

—Entonces dejemos la confidencia para mañana, digno comendador.

—Debo hablaros al momento.

—Entonces habla delante de todos; aquí nadie sobra, y cuando estoy bien, sigo el principio de no molestarme, aun cuando se trate de mi vida.

—Precisamente de eso se trata.

—¡Bah! dijo Bruno llenando los vasos; hay un Dios para los hombres de bien. A tu salud, comendador.

El maltés vació su vaso.

—Bien está, dijo Bruno! ahora siéntate y predica: te escuchamos.

El mercader comprendió que era menester proceder á gusto de Bruno, y en su consecuencia se sentó.

—Enhorabuena, dijo Bruno; ahora, dime, qué ocurre?

—Ocurre, continuó el maltés, que ya sabeis que los jueces de Calvaruso, Spadafora, Bauso, Saponara, Divito y Romita, han sido presos.

—Algo he oido de eso, dijo indolentemente Pascual vaciando un vaso lleno de vino de Marsella, que es el Madera de la Sielia.

—¿Y sabeis cuál es la causa de esa prision?

—Lo sospecho; será porque el príncipe de Carini, mal humorado por la retirada de su querida á un convento, cree que proceden con mucha incuria y torpeza en prender á un tal Pascual Bruno, cuya cabeza vale tres mil ducados.

—Eso mismo.

—Ya veis que estoy al corriente de cuanto pasa.

—Sin embargo, puede que haya cosas que ignoreis.

—Dios solo es grande, como dice Alí; proseguid. Confesaré mi ignorancia; no deseo otra cosa mejor que instruirme.

—¡Pues bien! los seis jueces se han reunido, han escotado cada uno veinticinco onzas, lo cual hace ciento cincuenta...

—En otros términos, respondió Bruno con la misma indolencia, mil ochocientas noventa y dos libras. Ya veis que sino llevo libros en regla, no es por falta de no saber contar. ¿Y qué mas?

—Despues han ofrecido esa suma á dos ó tres bombres conocidos por amigos vuestros, si querian facilitar vuestra prision.

—Ofrezcan cuanto quieran. Estoy seguro de que no encontrarán un traidor en diez leguas á la redonda.

—Os engañais, dijo el maltés; el traidor ha sido hallado.

—¡Ah! dijo Bruno frunciendo las cejas y llevando la mano al puñal, ¿cómo sabes tú eso?

—Del modo mas sencillo y natural. Estaba yo ayer en Mesina, en casa del príncipe de Carini que me habia llamado para comprar tegidos turcos, cuando un criado fué á decirle dos palabras al oido.—Bien está, respondió en alta voz el príncipe, que entre.

—Entonces me hizo pasar á un gabinete contiguo y como no sospechaban que yo os conocia, oí la conversacion.

—¿Y qué?

—El hombre que entró era el traidor; se comprometia á abrir las puertas de vuestro castillo, á entregaros indefenso durante vuestra cena, y á conducir él mismo los gendarmes hasta vuestro comedor.

—¿Y tú sabes cómo se llama ese hombre? dijo Bruno.

—Plácido Meli, respondió el maltés.

—¡Sangre de Dios! respondió Pascual rechinando los dientes; estaba aquí hace poco.

—¿Y se ha marchado?

—Poco antes de llegar vos.

—Entonces ha ido á buscar á los gendarmes, y á las compañías, porque segun juzgo, estabais cenando.

—Ya lo ves.

—Eso mismo. Si quereis huir, no hay tiempo que perder.

—¡Yo huir! dijo Bruno riéndose. ¡Alí!... ¡Alí!... Alí entró.

—Cierra la puerta del castillo, hijo mio; suelta á tres de mis perros al patio, haz subir al cuarto á Leona y prepara las municiones.

Las mugeres prurupieron en gritos.

—Callad, diosas mías, exclamó Bruno con ademán imperativo; aquí no se trata de cantar; silencio y pronto.

Las mugeres callaron.

—Haced compañía á esas damas, comendador, añadió Bruno; en cuanto á mí, voy á dar una vuelta.

Pascual tomó su carabina y su canana y marchó hácia la puerta; pero en el momento de salir se detuvo á escuchar.

—¿Qué hay? dijo el maltés.

—¿No ois ladrar á mis perros? El enemigo avanza. Mirad: solo han tardado cinco minutos mas que vos.—Silencio, tigres, dijo Bruno abriendo una ventana y dando un silbido singular. Bien está, ya estoy prevenido.

Los perros gruñeron suavemente y callaron; las mugeres y el maltés se estremecieron, pensando que iban á pasar cosas terribles. En aquel momento entró Alí con la perra favorita de Pascual: el noble animal marchó hácia su amo, se levantó sobre sus patas traseras, le puso las delanteras en los hombros, lo miró con inteligencia, y se puso á ahullar sordamente.

—Sí, sí, Leona, dijo Bruno; eres buen animal.

Despues la acarició con la mano y le dió un beso en la frente, cual lo hubiese hecho con una querida. La perra dió otro ahullido bajo y quejumbroso.

—Vamos, Leona, continuó Pascual; parece que la cosa urge. Vamos, hermosa, vamos.

Y salió dejando al maltés y á las dos mugeres en el comedor.

Pascual bajó al patio y halló á los tres perros inquietamente agitados, pero sin indicar aún que el peligro estuviese muy próximo. Entonces abrió la puerta del jardín y comenzó á inspeccionarlo. De repente, Leona se paró, husmeó y marchó en derechura hácia un punto del recinto; allí se empinó como para escalar el muro, haciendo rechinar sus quijadas, rugiendo sordamente y mirando si su amo la habia seguido. Pascual Bruno estaba detrás de ella. Comprendió que en aquella direccion y á pocos pasos habia un enemigo, y acordándose de que la ventana del cuarto donde habia estado Tomasi daba sobre aquel paraje, subió con presteza seguido de Leona, quien con la boca abierta y los ojos inyectados atravesó la sala donde el maltés y las muchachas esperaban con ansiedad el fin de la aventura, y entró en el aposento próximo, que estaba á oscuras, pero con la ventana abierta. Apenas dentro, Leona se tendió sobre el vientre, se arrastró como una culebra hácia la ven-

tana, y cuando llegó á pocos pies de ella, antes que Pascual la contuviera, se arrojó como una pantera por la salida que se le ofrecía, reparando poco en caer por el otro lado desde la altura de veinte pies.

Pascual llegó á la ventana al mismo tiempo que su perra. La vió dar tres saltos hácia un olivo aislado, y luego oyó un grito. Leona acababa de asir por el cuello á un hombre escondido detrás del olivo.

—¡Socorro! exclamó una voz que Bruno reconoció como la de Plácido. ¡Socorro! Pascual... llama á tu perra ó le abro el vientre.

—¡A él, Leona, á él! ¡Muera, Leona! ¡muera el traidor!

Plácido vió que Bruno lo sabia todo, y entonces dió un rugido de dolor y de cólera, empuñándose un combate mortal entre el hombre y el perro. Bruno miraba tan extraño duelo apoyado en su carabina. Durante diez minutos, á la incierta claridad de la luna, vió luchar, caer, levantarse dos cuerpos, cuya naturaleza ni forma podia distinguir, porque parecían formar uno solo. Durante diez minutos oyó gritos confusos, sin poder distinguir los alaridos del hombre de los del perro; por fin, al cabo de diez minutos, uno de ellos cayó para no levantarse mas. Era el hombre.

Bruno llamó á Leona, cruzó de nuevo el comedor sin decir nada, bajó con presteza y abrió la puerta á su perra favorita; pero en el momento mismo en que entraba ensangrentada y llena de navajazos y mordeduras, vió en la calle que subía de la aldea al castillo, brillar á la luz de la luna cañones de carabinas. Al punto atrancó la puerta, la barricadó y subió al cuarto donde estaban temblando los forasteros. El maltés bebía; las muchachas estaban rezando.

—¡Y bien! dijo el maltés.

—¡Y bien, comendador! dijo Bruno.

—¡Plácido?...

—Ya está despachado; pero nos cae encima otra legion de demonios.

—¿Quiénes?

—Los gerdarines y las compañías de Messina, sino me equivoco.

—¿Y qué vais á hacer?

—Matar á cuantos pueda.

—¿Y despues?

—Despues... me haré saltar con los demás.

Las mugeres dieron terribles gritos.

—Alí, prosiguió Pascual, lleva á esas señoritas á la bodega, y dáles cuanto te pidan, escepto luz; no sea que prendan fuego á la pólvora antes de tiempo.

Las pobres criaturas cayeron de rodillas.

—Vamos, vamos, dijo Bruno, hiriendo el suelo con el pié; obedeced.

Y dijo esto con tal ademan y tal acento, que las dos muchachas siguieron á Alí, sin atreverse á exhalar una sola queja.

—Y ahora, comendador, dijo Bruno despues que ellas salieron; apagad las luces y poneos en un rincon adonde no lleguen las balas, porque los músicos vienen y va á comenzar la danza.

## X.

Algunos momentos despues, Alí entró llevando al hombro cuatro fusiles de igual calibre y una cesta llena de cartuchos. Pascual Bruno abrió todas las ventanas para hacer frente á la vez á todas partes. Alí tomó un fusil y se dispuso á situarse en una de ellas.

—No, hijo mio, le dijo Pascual con acento afectuoso y paternal, no; eso me incumbe á mí solo. No quiero comprometer tu destino con el mio. No quiero llevarte adonde yo voy. Eres jóven, y no tienes motivo aun para que tu vida salga del carril ordinario; créeme, quédate en el camino trazado por los hombres.

—Padre, dijo el jóven con su apacible voz, ¿por qué no quieres que te defienda como te ha defendido Leona? Ya sabes que á nadie tengo en el mundo mas que á tí, y que si mueres moriré contigo.

—No, Alí; si muero, tal vez dejaré por cumplir en la tierra alguna mision misteriosa y terrible, que solo podré confiar á mi hijo; es menester, pues, que éste viva para que ejecute lo que el padre ha de mandarle.

—Bien está, dijo Alí. El padre es el que manda; el hijo obedecerá.

Pascual dejó caer la mano, Alí la tomó y la besó.

—¿Y no he de servirte para nada? dijo el jóven.

—Carga los fusiles, respondió Bruno.

Alí comenzó la faena.

—¿Y yo? dijo el maltés desde el rincon donde estaba sentado.

—A vos, comendador, os guardo para enviaros como parlamentario.

En aquel momento, Pascual Bruno vió brillar los fusiles de otra tropa que bajaba de la montaña, y que marchaba tan directamente hácia el olivo aislado, á cuyo pié estaba tendido el cadáver de Plácido, que no podia dudarse de ser aquella partida la que acudia á la cita. Los que iban delante tropezaron con el muerto, alrededor del cual se formó un corrillo; pero nadie lo reconoció por lo desfigurado que le habian dejado los dientes de Leona. Sin embargo, como Plácido los habia citado en aquel sitio, y no parecia ningun sér viviente por allí, era evidente que el difunto no podia ser otro que el mismo contrabandista. De aquí dedujeron los milicianos que la traicion estaba descubierta, y que por consiguiente Bruno debía estar en guardia. Entonces se pararon á deliberar. Pascual observaba todos aquellos movimientos, permaneciendo de pié en la ventana. Entonces la luna, que salía de detrás de una nube, derramó alguna luz; un miliciano divisó á Bruno y lo apuntó con el dedo; ¡el bandido!... ¡el bandido!... exclamaron todos, y á estas palabras siguió una descarga cerrada. Algunas balas se aplastaron en las paredes; otras pasaron silbando por encima de Pascual, yendo á alojarse en las vigas del

techo. La descarga fué contestada por cuatro tiros sucesivos de los cuatro fusiles cargados por Alí: cuatro hombres cayeron.

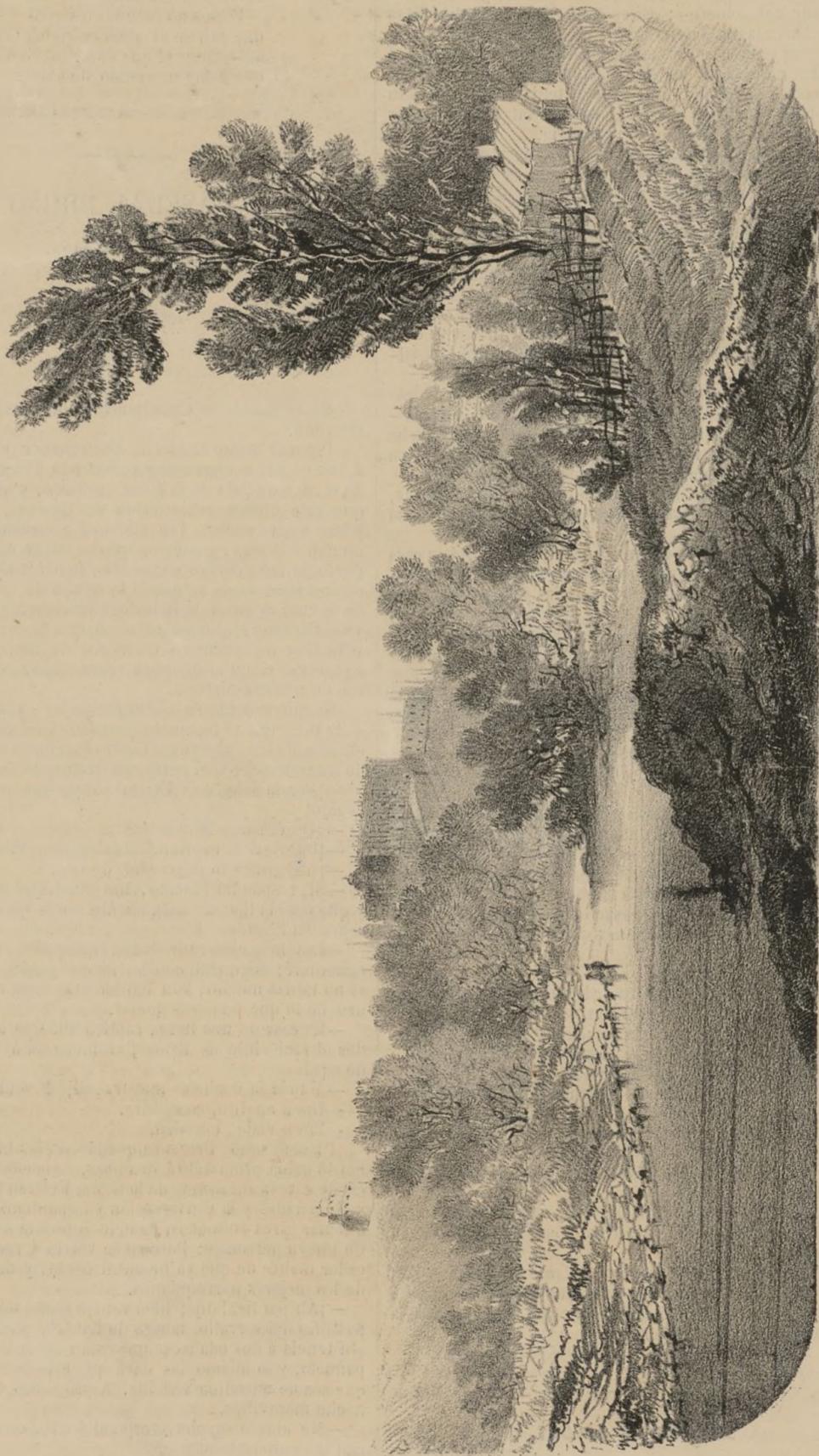
Las compañías que no eran tropa de línea sino una especie de milicia nacional organizada para la seguridad de los caminos, vacilaron un instante al ver la muerte tan pronta en acudir á su encuentro. Todos aquellos hombres,

## ¡ERA UN ÁNGEL!

## I.

Leoncio estaba muy triste.

El tinte de amargura que se veía impreso en su sem-



MADRID DESDE LA FUENTE DE LA TEJA

contando con la traicion de Plácido, pensaban efectuar una captura fácil; pero en lugar de esto, tenían que organizar un sitio en regla. Carecian, empero, de todo lo necesario para un sitio: las murallas de la fortaleza eran altas, las puertas sólidas, y no habia allí ni escalas ni hachas; solo existía la posibilidad de matar á Bruno cuando se descubriera para apuntar desde la ventana, pero era esto un azar bastante malo para gentes convencidas de la invulnerabilidad de su adversario. La maniobra que juzgaron mas prudente fué retirarse fuera de alcance para deliberar sobre lo mas conveniente; pero la retirada no fué tan presta que no tuviera Pascual Bruno el tiempo de despedir otros dos mensajeros de muerte.

(Se continuará.)

blante denotaba claramente, que su melancolía era producida por un sufrimiento emanado del corazón.

Los dolores que allí nacen y se desarrollan no pueden ocultarse con la máscara del disimulo ó la indiferencia. Heridas las mas sensibles y delicadas fibras interesan todo el organismo, y el semblante viene á revelar el malestar que producen.

A este género debia pertenecer sin duda el padecimiento de Leoncio.

Jóven aun, y con una posicion envidiable, parecia singular que viviera retirado de los círculos particulares que otros dias frecuentó, extraño á los centros de accion y á las reuniones públicas, y ageno á todo lo que á su edad pudiera tener algun atractivo.

Y nada era mas cierto.

Su vida semejaba á la de un filósofo, aunque con la diferencia de que en vez de emplear todo su tiempo en el estudio de las ciencias, le compartía entre la lectura de buenas obras y su decidida inclinación á la pintura.

Artista por pura afición, no habia cambiado sus gustos

aunque le sorprendieran en su gabinete, pudiera satisfacer la natural curiosidad que despertaba.

¿Qué razón tenia para obrar así?

Nadie se la explicaba.

Era no obstante presumible, que solo un motivo de veneración ó afecto hacía la persona que representaba la pintura, le inclinase á ambicionar para sí la dicha de contem-

plable. Antes concurrías á los teatros: las distracciones te entretenían. Hoy no: te sepultas en ese templo que has consagrado al arte divino de Apeles, y ninguna expansión dás á tu alma; nada tiene para tí atractivo: lo que mas me desespera es que tampoco te se puede exigir que tengas confianza y deposites tus penas en el pecho de un amigo, porque con cuatro monosílabos crees salir del paso. Te advierto que de hoy más seré tu pesadilla; y ó te expliques francamente conmigo, ó me hago tu espía y descubro sin tu voluntad la causa de ese sufrimiento.

—Pues bien—dijo Leoncio,—no quiero, Enrique, que vayas á formar ilusorias conjeturas sobre un episodio, que hasta carece de verdadero interés para otro que no sea yo. Reciente como está la época á que te refieres, ya comprenderás que los sucesos no se habrán borrado de mi memoria; mas debo desengañarte, no esperes nada que no sea natural. El cuadro que te presentarán mis palabras, por mas que hable á todos los corazones, lo vemos repetido diariamente, sin que despierte en nosotros otro interés que el de un momentáneo sentimiento. Tal es la condicion humana.

—Te escucho.

Y Leoncio, sin preparacion alguna, con la mayor sencillez habló así á su amigo.

## II.

—¿Te acuerdas de mi hermana, Enrique?

—¿Aurora? Ya lo creo. Era una de las jóvenes mas lindas de la mas bella de las ciudades del Mediodía. ¡Lástima que la muerte viniese hace dos años á arrebatarnos en su lozanía esa flor llena de juventud y vida! ¡Lástima que la implacable guadaña de esa mensajera de los pesares, no respetase tantas gracias en la mas hermosa de las edades! porque Aurora era casi una niña, ¿no es verdad?

—Sí, una niña de quince años cuando la vistes por última vez.

—Pero bellísima, espiritual, de alma sensible y corazón virtuoso; un ángel.

—Cierto: era un ángel. Y era en Sevilla, en esa ciudad de las tradiciones donde habitábamos. Era allí donde contemplábamos á nuestro sabor y con entusiasmo tantas y tantas cosas como vienen hoy á mi memoria. ¿Te acuerdas, Enrique? ¿Recuerdas la Torre del Oro, y el Alcázar, y la magnífica Catedral, gloria de los templos de España, y el Guadalquivir, en fin, con los mil empavesados bajeles, que anclados á su orilla semejan á lo lejos otras tantas moscas gigantes del agua, columpiándose sobre la tersa superficie? ¿Haces memoria de todo esto, Enrique? Nosotros tendríamos entonces diez y seis ó diez y ocho años y Aurora trece.

Nos habíamos criado juntos: juntos tambien pasamos la edad de los juegos y de la inocencia, y juntos íbamos cuando ya jóvenes empezábamos á frecuentar los paseos, las reuniones y los teatros. Tú ibas á casa frecuentemente, y desde ella nos dirigíamos, cogida Aurora de tu brazo ó del mio, hacia San Telmo, y paseábamos toda la tarde á la orilla del río, ó bien, encaminándonos ya de noche á la Alameda de Hércules, ya por entonces abandonada, ó mejor al paseo del Duque, hallábamos siempre atractivos bastantes á satisfacer nuestros deseos. ¿Lo recuerdas bien, Enrique?

—Con harto pesar, amigo mio; como se recuerdan siempre los sucesos de la juventud, que no vuelven.

—Tambien Aurora recordaba con cierta amargura, mezclada de entusiasmo, tan felices dias.

—Al evocar, Leoncio, estos recuerdos, sufro cruelmente. ¡Hace tanto tiempo que los habia olvidado! ¿Qué no se olvida fácilmente en este *paudemonium*, que se llama córte? ¡Y considerar que la edad de la inocencia vuela apresurada, sin que podamos volver á ver repetidos nuestros infantiles juegos, ni á gozar en las deliciosas ilusiones de la niñez!—Esta reflexion me hace daño, y esa temprana muerte de tu hermana, á quien amaba como si lo fuese mia, me entenece hoy mas que nunca. El inexplicable sentimiento que tuve cuando me noticiastes su pérdida, no me afectó como en la actualidad. No parece sino que existe algo en mí que me hace avergonzar; como si este algo hubiera contribuido á su muerte.

—Es, Enrique, que no apreciamos bastante las cualidades de las personas, por mas que nos sean queridas, hasta que el destino las arrebatara de nuestro lado.

—Eso debe ser: acaso tienes razón. ¡Y... Aurora era un ángel!

Pronunció Enrique estas últimas frases con tan amargo sentimiento y pasión, que era difícil comprender la estraña sensación que las dictaba.

—Te he recordado estos pormenores—continuó Leoncio,—para traerte con pocas palabras á la situación en que nos encontrábamos antes de tu viaje á París.

Dos años permanecimos todavía en Sevilla gozando esa envidiable vida de que te he hablado, hasta que un día tu familia y la mia dispusieron nuestro viaje á la córte, donde se habia decidido que acabásemos la carrera. ¿Te acuerdas de nuestra despedida? Aurora tenia entonces quince años y estaba encantadora.

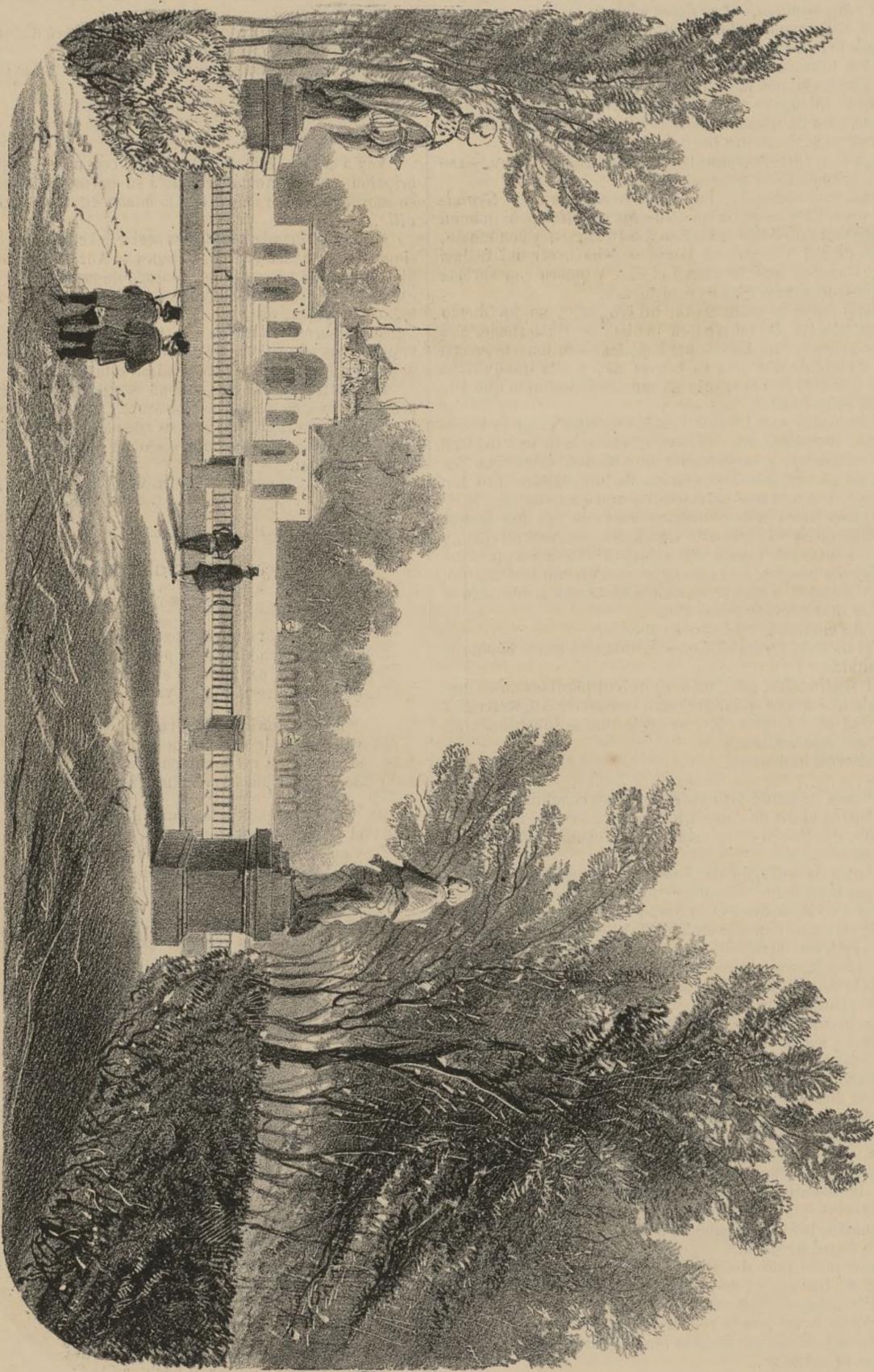
—Sí, el recuerdo, Leoncio. Era la última vez que habia yo de verla. ¿Quién lo habia de decir? ¡Cuán torpemente juzga uno los agenos sentimientos en determinadas ocasiones!

—Otros dos años pasaron—prosiguió Leoncio,—al cabo de los cuales, terminados nuestros estudios, decidiste tú emprender un viaje á París mientras yo volvía al seno de mi familia. ¡Cuánto hubiera dado entonces por tu compañía!

Allí me esperaba la mayor de las desgracias que podían sobrevenirme; porque tiempo es de que lo sepas, Enrique, el origen de mi melancolía, la causa de todos mis sufrimientos no es otra que la pérdida de Aurora, de ese ser angelical á quien amaba mas que á mi vida.

¿Comprendes tú de este modo el amor fraternal?

De otra manera sería inútil que te refiriese lo que me resta decirte.



MADRID DESDE LA FUENTE DE LA TEJA

ESTANQUE GRANDE DEL RETIRO

en esta parte, á pesar de la profunda huella que le dejaban sus penas; y así no era estraño que su estudio, adornado con los lienzos de los mas reputados pintores, fuese un pequeño y verdadero museo.

¿De qué naturaleza eran sus pesares ó qué origen reconocian?

Hé aquí lo que sabremos muy pronto.

Entretanto no olvidemos que solo en su estudio hallaba un lenitivo á sus dolencias copiando los mejores cuadros, ó contemplando un lienzo colocado en uno de los testeros de aquel santuario de las artes.

Este lienzo, sin embargo, no se ostentaba á los ojos de los profanos. Cubierto por una tupida gasa, estaba velado á miradas indiscretas, sin que nadie, mas que Leoncio,

parlara; pero fuese cualesquiera la causa, Leoncio no pensaba que se hiciera un misterio de su proceder.

Un amigo de su infancia, que tenia curiosidad en ver lo que contenia este cuadro, pero que temia ser indiscreto haciéndole una pregunta directa, rogó á Leoncio en cierta ocasion, que le explicase el fundamento de su tristeza.

—Es mi carácter, Enrique,—le contestó su amigo.—¿No te has acostumbrado á él en tantos años como hace nos conocemos?

—Es verdad: nuestra amistad data desde la infancia; mas ya te lo he dicho, cuando marché á París hace dos años, te dejé de otra manera. Tu carácter, no lo niego, siempre ha sido melancólico; pero en el año que estuve ausente, se ha agriado. A mi vuelta he encontrado en tí una variación

—¡Ah! Leoncio, tu hermana era digna de tanto afecto. Era un ángel que Dios quiso llamar á sí, porque no es la tierra el lugar que habitan estos seres.

Leoncio no pudo reprimir algunas lágrimas que en aquel momento se agolpaban á sus ojos.

Rendía con ellas un pequeño tributo á la memoria de aquella á quien tanto había amado.

## III.

Pasado un instante prosiguió el afligido hermano de Aurora:

—Llegado á Sevilla, donde era esperado con impaciencia, la mayor alegría reinó en mi casa, demostrando todos un regocijo inmenso desde que me divisaron.

Mi padre me contemplaba con entusiasmo, mi madre, mi buena madre me besaba una y mil veces, y Aurora, la encantadora niña de otros días, jóven ya de diez y siete años, singularmente bella, se colgaba de mi cuello y no sabía de qué manera prodigarme sus caricias.

Yo correspondía á tanto afecto con toda la efusión de mi alma. Mis brazos se enlazaron á los de mis padres, y después si me desprendí de ellos, fué para arrojarlos en los de mi hermana, á quien estreché una y muchas veces contra mi corazón. ¡Cuánto hubieras, Enrique, envidiado mi gozo de aquel día!

Fuí feliz, amigo mio, muy feliz, porque no hay nada comparable al cariño de nuestra familia.

Pero esta felicidad no fué duradera.

La salud de Aurora empezó luego á decaer visiblemente, inquietándonos de tal modo, que un mes después hubo una verdadera alarma en el seno de la familia.

¿Quién era capaz de consolar á mis padres? ¿Dónde encontraría yo un bálsamo para mi dolor?

Los mejores médicos vinieron con el auxilio de su ciencia á darnos alguna esperanza en los primeros meses; pero todos, unos después de otros, convinieron por último en que nada podían contra una enfermedad, cuyo origen desconocían, inclinándose á creer que solo un amor contrariado debía ser la causa de esta enfermedad, tanto mas grave cuanto la paciente se obstinaba en no presentar antecedente alguno.

Este resultado nos tenía confusos. Ni sabíamos que Aurora hubiese sentido una de esas pasiones violentas que contrariadas minan el alma y acaban por debilitar el organismo, ni jamás advertimos que hubiera distinguido á ninguno de tantos jóvenes elegantes, como se disputaban su amor.

Si ella lo sentía por alguno, lo escondía tan misteriosamente en su corazón que no tuvimos el menor indicio por donde guiarnos.

Pero como del parecer de los médicos deducíamos la existencia indudable de un afecto contrariado, preciso nos fué insistir un día y otro con Aurora en el tema de que nos confiara la causa de sus pesares.

Ni el puro cariño que me profesaba, ni el tierno cuidado que yo ponía en procurar su restablecimiento, ni mis continuados ruegos, fueron bastantes á arrancarle un secreto que guardaba en lo mas escondido del alma.

Muchas veces hablamos de tí, Enrique, de las escenas de nuestra infancia, con cuyos recuerdos gozaba Aurora como si en ellos cifrara la mas suprema dicha; mas la inmensidad de aquel amor que la mataba no por eso se me hacia manifiesta.

La casualidad sin embargo, me descubrió el misterio cuando menos esperaba aclararlo. Hé aquí cómo:

Aurora tenía una decidida afición á la pintura; y la cultivaba entonces tambien, aunque con menos perseverancia que hoy; pero solo por satisfacer sus deseos copiaba los caprichos que ella misma bosquejaba, ó pintaba lienzos sujetándome á su inspiración: esto le producía gran contento, y durante su enfermedad pasaba en el estudio todos los momentos en que se sentía con algun alivio. Allí la acompañaba yo y sorprendía sus mas íntimas sensaciones, hasta sus menores deseos, para presentarles á los pocos días un cuadro que la agradase.

Escusado es decirte que nuestro fraternal cariño se hubiera aumentado, á ser posible añadir nada á su pureza é intensidad. ¡Y cómo no! ¡Había tal conformidad en nuestras inclinaciones! ¡Eran tan semejantes nuestros gustos!

Pero ya te lo he dicho, en nuestro mútuo afecto no cambia aumento, porque á nadie en el mundo podía querer yo mas entrañablemente que á mi hermana, y por intensa que fuese en su alma la llama en que se abrasaba; al cariño de su hermano, Aurora lo hubiera postpuesto todo, incluso ese amor que sentía por un objeto para nosotros desconocido.

## IV.

Cuatro ó cinco meses trascurrieron de este modo, hasta que un día me dijo Aurora:

—Leoncio, hermano mio; voy á emprender una obra que habrá de invertirme cuando menos un mes.

—Yo te ayudaré—la contesté.—Tú harás el boceto y yo me ocuparé después en el cuadro. ¿Qué es eso? veo que mueves la cabeza: ¿no estás contenta del último que he hecho, ó es que le quieres para un día fijo? Bien: le tendrás para cuando desees.

—No me entiendes. Es que no puedo aceptar tu auxilio, quiero hacerte un regalo el día de mis días, y este es el motivo porque deseo trabajar sola en él.

—Me conformo—repuse;—yo emprenderé otro con el mismo objeto, pero á condición de que me digas lo que he de pintar. Ya sabes que lo hago mejor siguiendo tu inspiración.

—Bueno: haz entonces tu retrato.

—¿Por qué no el tuyo?

—Ese vá á figurar en mi obra.

—¿Vas á hacer un cuadro de composición?

—Todo menos que eso, y para que no aventures tu juicio te explicaré mi pensamiento.

—Que me place.

—Ya conoces el bosquejo de *las estrellas*, de J. I. Isidoro Gerard, conocido en París como artista con el nombre de *I. J. Grandville*.

—Le conozco y recuerdo todas sus obras. Apenas existe periódico ó libro ilustrado de su tiempo en que no aparezca su firma.

—Sí; por mucho tiempo siguió con su lápiz á plumas estrañas, pero después su rica imaginación le llevó á crear; y á fé que los pocos cuadros que ha dejado son excelentes.

—Los conozco, y entre otros, recuerdo *Los disgustos de la vida humana*,—*Las flores vivas*...

—Y el bosquejo de *las estrellas* ó *la buena estrella* con algunos lo llaman, que fué su última obra.

—Ahí tenemos una lámina que lo representa.

—Esa es la que me vá á servir de modelo. La copiaré poniendo mi figura en el espacio elevado del cuadro, y tu retrato y los de nuestros padres en la parte inferior. De esta manera yo seré vuestra buena estrella.

—¡Ah! sí: tú serás nuestra buena estrella, Aurora,—esclamé encantado de semejante idea.

—Además—añadió,—hay cierta semejanza entre *Grandville* y yo. El hizo su bosquejo de *las estrellas* pensando en que muy pronto debía ir al cielo á estudiarlas, y con efecto, murió de allí á poco: yo tambien debo hacer mi última obra. Conozco que se acerca el día, y quiero consagrarle mis postreros recuerdos en este cuadro.

Estas palabras embargaron mi lengua, y no fuí dueño de contestarlas. De tal manera me habían trastornado. Era la vez primera que Aurora me hablaba de su muerte, como si se tratara de una cosa ya convenida, y esta tranquilidad unida á la idea que la dominaba me afectaron tanto que ella misma se conmovió.

Y no podía suceder de otro modo. Ella sabía la vehemencia de mi cariño: no desconocía que lo era todo en nuestra familia, y comprendía muy bien el efecto que debía causarme la sola enunciación de un pensamiento tan horrible, por mas que pareciese natural en su estado.

¿Quién había de persuadirme entonces, de que pasado un corto plazo acogiera esta idea hasta con resignación, y que en ocurriendo la esperada catástrofe, habían de ir menguando los pesares, hasta no dejar mas que un sentimiento, escaso siempre á probar que aquella Aurora había sido la persona mas querida de mi alma?

Y sin embargo, así había de suceder.

Tal ha sido y será siempre la mentida condición de la humanidad.

El sentimiento por tan irreparables pérdidas no es mas durable que lo que quiere nuestro egoísmo ó nuestra vanidad, ó el bien parecer, ó... es decir que se subordina á las conveniencias sociales.

¡Miserias humanas!

Al mes siguiente los cuadros estaban concluidos.

Llegado el día de Aurora hícele regalo de mi retrato, y ella me hizo dueño de su cuadro, cuyo examen quise intentar desde luego.

—Antes de entregártelo, Leoncio,—me dijo con solemne voz, presentándome el lienzo cubierto con un velo,—ruégote que no descubras hasta después de mi muerte una de las figuras que (aunque encubierta) lleva el cuadro en su parte inferior. Tambien, para la persona que representa esa misma figura, quiero ser *su buena estrella*. Tú serás luego el único depositario de mi secreto; pero que él lo ignore siempre.

Le prometí cuanto deseaba; encerré el cuadro en mi estudio, y como sino hubiera esperado mas que mi promesa, desde el día siguiente su enfermedad se agravó, no volviendo á levantarse del lecho de muerte.

Tres días después pasaba Aurora á mejor vida, dejándonos á todos sumidos en una aflicción cruel.

Mis padres pedían la muerte como el único alivio á sus penas, y yo no pude darme razón en mucho tiempo de lo que pasó por mí. Supe luego que había estado enfermo; mas como la juventud soporta á veces los mayores quebrantos, dos meses después me encontré en convalecencia, y mi primer cuidado fué encerrarme en mi estudio para examinar el cuadro de mi hermana.

Descorrí el velo; descubrí una de las figuras, que oscurcida se hallaba en la parte inferior del lienzo, y comprendí entonces el secreto.

Aquella figura era el retrato exactísimo de una persona bastante apreciada por nuestra familia, cuyo nombre no me es dado pronunciar.

Cuando pude obrar rogué á mis padres me dejasen volver á Madrid, en lo cual consintieron, aunque con hartopesar.

Desde entonces ya sabes la vida que hago. La frecuente correspondencia que sostengo con mis padres es mi único consuelo. Ellos viven en la atonía como resultado de tan inmensa pérdida, y sus cartas traen el sello del infortunio.

—¡Oh, desdichado amigo!—esclamó Enrique.—¡Tu hermana era un ángel! ¡Cuán tarde llegamos á comprender donde se halla la felicidad!

—Hé aquí ahora otra de mis alegrías en mi triste estado—añadió Leoncio, señalando el velado lienzo que colgaba de la pared.—Al descorrer esa gasa, la veo á ella; comprendo su inspiración de artista; contemplo su dulzura angelical; adivino el secreto cariño que dispensó á las personas, cuyos retratos consignó al pie de su cuadro, y le consagro mis constantes recuerdos. Nada mas tengo que decir, Enrique. Ya conoces el origen de mi melancolía.

Al concluir Leoncio su narración habíase dejado caer en una butaca, afectado por la emoción y postrado por el sufrimiento.

Enrique, sin darse razón de lo que hacia, se adelantó,

tomó una de las puntas de la gasa que ocultaban la pintura, y apartándola exclamó lleno de entusiasmo:

—Sí, es ella. ¡Qué hermosa está! ¡Era un ángel! ¡Cielos!—gritó después, dejando escapar el velo de sus manos, con las cuales fué á cubrirse el rostro.—¡Qué descubrimiento!

La mirada de Leoncio se detuvo en aquel instante fija sobre su amigo, y pareció reconvenirle por su acción.

—¿Qué has hecho, desventurado? ¿Quieres atraer sobre tí el remordimiento, por mas que seas ageno á nuestra desgracia?

—¿Y qué me importa? ¿No era yo su pensamiento?...

—¡Silencio, infeliz!—le interrumpió Leoncio.—Recuerda y llora su memoria, ya que para tí tambien quiso ser la *buena estrella*.

—Dices bien, amigo mio. Yo te acompañaré diariamente en tus penas y lloraremos juntos.

Y algunas lágrimas humedecieron entonces las mejillas de los dos amigos.

## V.

Voy á cerrar, lector, este cuadro con una sencilla descripción del que Aurora regaló á su hermano, tomado en su mayor parte del estudio de la *buena estrella* de *Grandville*.

Ocupando mas de la mitad superior del cuadro, se destaca simpática, angelical, aérea, la figura de Aurora, como ascendiendo á la mansion celeste, rodeada de esplendor y gloria, esparciendo estrellas y envuelta poéticamente con azules y blancos ropajes, cual las vírgenes de Murillo. Su mirada dulce y amorosa se dirige á la tierra, hácia donde inclina tambien sus manos, en actitud de proteger á los que desde la parte inferior del cuadro la miran estasiados.

Las cuatro figuras que ocupan esta parte del lienzo, representando á los padres de Aurora, á Leoncio y á Enrique, simbolizan una esperanza con su ademan suplicatorio, elevadas las manos y su vista al cielo en una infinita y religiosa adoración.

RAMON REAL DE MENDOZA.

## ¿POR QUÉ CANTO?

No me doy la razón por qué la mente en ansia de admirar mi pecho agita, mas sé que canto como el ave rauda corta del aire la region vacía.

Apenas mi infantil y rudo acento pudo entonar su cántiga sencilla, se exhaló de mi pecho cual se exhala de blanca nube bienhechora brisa.

Al calor que en la mente germinaba el entusiasta corazón crecía, y en su sed de admirar, el claro cielo y la estendida tierra halló mezquina.

Preguntad á la flor por qué su esencia hácia el espacio cariñosa envía. Preguntad á las aves por qué cantan en concertada y plácida armonía.

Preguntad á los vientos mugidores por qué con roneo son airolos silban, y por qué se alzan con horrible estrago del mar inmenso las soberbias iras.

El hombre tan pequeño y miserable cual la rastrera y afanosa hormiga, cuando la inspiración su mente alumbra en el trono de Dios la sien reclina.

Nada á su ingenio creador resiste, aplaca el mar sus imponentes iras, y gimiendo obediente abre su seno al paso de la frágil navecilla.

El viento, el mar, la tierra, á su capricho domina poderosa y atrevida la inteligencia de ese ser pequeño cual la rastrera y afanosa hormiga.

Yo no sé la razón por qué mi mente en ansia de admirar el pecho agita, mas sé que canto como el ave rauda del aire corta la region vacía.

Porque como ella en el materno nido no pudiera vivir siempre cautiva, mudo en la cárcel del mezquino pecho mi corazón gigante se ahogaría.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

## EFECTO DE LOS ANTEOJOS.

Pues, señores, Vds. han de saber que tengo un vecino, que este vecino se llama Roque, y es chocho por sus hijos, cosa que antiguamente no tenía nada de particular, pero que ya va siendo prenda estimable desde que tantas personas miran con predilección á los gatos, á los perros, ó á los monos. Mi vecino estaba casado, sin lo cual no sería bien

visto que quisiera á sus hijos, y la señora le había proporcionado el cuádruple placer de enloquecerse con cuatro hembras, redundancia que alguna vez le inspiraba á tener varones.

Hallábase en cinta la esposa de mi vecino, y ella, y él y todos anhelaban que resultase un angelote que perpetuara el apellido de la familia: la crisis se acercaba... pasó, pasó el tiempo... y cosa clara, ¡llegó el momento fatal!

Hacia ya días que le andaba rondando á la esposa de Roque la voluntad de ser madre; pero mi vecino, hombre de gran cachaza, y de esos que por nada se apesadumbran, no perdía el sueño ni menos el apetito, y hasta la noche crítica dormido se quedó como un cachorro, porque el heredero de su nombre tardaba en venir al mundo. A media noche rompió la nube, y una amiga que velaba á la enferma, temerosa de que no viniese el comadron aprisa como era necesario; mandó llamar á una partera que con tanta exactitud quiso acudir, que por no encontrar sus anteojos tomó los de su huésped, que estaban sobre la mesa.

Mi vecino ronca que roncarás, y su señora chillaba que chillarás sobre si el chico nace ó no nace. Nació por fin, y la partera le tomó en brazos exclamando: ¡es un muchacho!

Con tan feliz noticia corrió la amiga á la cama de mi vecino, que dormía como un bendito, y que se despertó al cabo á fuerza de pellizcos y empujones.

—¿Qué, ¡que es eso! preguntó Roque estreñándose los ojos.

—Ha parido...

—¡Oh!

—Venga V. á darle un beso... es un muchacho como un carnero...

—¡Ah! ¿de veras?

—¡Toma! como unas mantecas.

—Voy, voy.

Se marchó la amiga, mi vecino dió media vuelta, y pensando en su buena estrella se echó sobre la almohada y se durmió otra vez soñando con su muchacho.

Entretanto la pobre señora seguía padeciendo, y todas las señales eran de que aun iba á ser otra vez madre; con efecto, á los pocos minutos cádate en campaña otra criatura que recogió y arrojó la amiga.

—Es una niña preciosa, dijo, y corriendo otra vez al cuarto del papá, que roncaba sin piedad, le despertó.

—Vamos, don Roque, que acaba de parir la señora.

—Sí, sí, ya me acuerdo...

—Teneis una niña como unas flores

—¿Eh? eh, dijo el vecino incorporándose y limpiándose los ojos; ¿qué es lo que dice V.?

—Que su señora ha dado á luz una niña como un ángel.

—Pues yo estaba creído de que era un muchacho.

—Vamos, arriba pronto.

Y tomó el tole para dejar al otro espacio para vestirse, pero el vecino se tumbó otra vez, vencido del sueño.

—¡Voto á... yo he soñado que tenía un muchacho. ¡qué lástima!

Es el caso que se volvió á dormir, y el caso es también que su señora, modelo de fecundidad, no se contentó con dos retoños, sino que á poco tiempo echó el tercero que recibió la comadrona en sus brazos, exclamando: ¡otro muchacho!

La oficiosa amiga se encaminó en seguida al aposento del buen Roque, y despertándolo con enojo:

—Vamos, perezoso, dijo, venga V. á dar la enhorabuena á su esposa.

—Sí, sí, iba ya...

—Se ha concluido... ¡Qué muchacho tan rollizo!

—¡Cómo! ó yo estoy lelo, ó unas veces oigo que es un muchacho, otras que es una muchacha... ¿En qué quedamos?

—¡Levántese V. y lo verá!

Mi vecino hizo un esfuerzo heroico y se levantó: pasó á la alcoba de su cara esposa y encontró... tres criaturas aviadas, envueltas y fajadas. Este espectáculo le dejó atónito; no entraba en sus cálculos una multiplicación tan rápida; pero cuando oyó decir que eran dos niños y una niña... del mal el menos, el deseo ahogó la triste perspectiva de tres boquitas mas que alimentar.

Al amanecer, todo el barrio sabía la noticia, y los parientes acudieron á felicitar á Roque, que tenía ya bautizados á sus vástagos con los nombres de Aquiles y César.

Vino luego el comadron y quiso cerciorarse de si eran bien conformados los recién nacidos, desnudáronlos... todos se abalanzan á besarlos... ¡oh sorpresa! ¡eran todas hembras!

—¡Tres muchachas!... esclamó mi vecino, ¿pues no me habian Vds. dicho que dos eran varones? A ver, señores, ¿qué es esto? ¿se juega en limpio?

—No comprendo este enigma, dijo la comadre, si yo vi clara y distintamente.

Se volvió á calar los anteojos de su huésped, miró primero á las recién nacidas, luego á los ojos postizos... ¡Ira de Dios! ¿Cómo había de ver si los anteojos no tenían vidrios?

JULIO BARCELÓ.

#### PLEGARIA DE AMOR.

Niña, la niña galana,  
flor escogida entre flores  
sal, mi vida, á esa ventana,  
aunque mates inhumana  
con tu desden mis amores.

Niña, la niña gentil,  
la que hechizos atesora  
mas que arenas el Genil;  
oye al bardo que te adora,  
óyele, rosa de abril.

No pienses que mi amor calle,  
porque fuera intento vano:  
hasta las flores del valle  
saben ya que al ver tu talle,  
suspira por tí Mariano.

Virgen santa, Virgen pura,  
la que á los pies de la cruz  
probastes tanta amargura;  
si á sus ojos distes luz,  
dale á mi pecho ventura.

Y si paga mis prolijos  
cuidados con su pasión,  
cuando en tí los ojos fijos,  
te recen, Virgen, mis hijos,  
échales tu bendición.

M. GELABERT.

#### LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO QUINTO.

#### EL CERRO DE LOS DUENDES.

Estaban unos lagartos platicando en una hendidura de un árbol venerable, y unos y otros se entendían perfectamente, pues conversaban en lengua lagarta.

—¡Qué bullicio y qué algazara anda por allá en el Cerro de los Duendes!—dijo uno de ellos.—Hace dos noches que no he podido pegar los ojos; ni que hubiese tenido un fuerte dolor de muelas.

—Algo nuevo debe haber—dijo otro lagarto.—Desde el canto del gallo de esta alborada el cerro ha sido apuntalado con cuatro grandes estacas, y lo han ventilado mucho. Algo de nuevo debe de haber.

—Así es—replicó un tercer lagarto,—y yo he hablado de ello con un gusano mi amigo, que acababa de llegar del cerro, en donde ha estado día y noche arrastrándose por el suelo. Ha oído muchas cosas. En cuanto á ver, ya sabéis que el pobre es casi ciego, aunque se pinta solo para escudriñar y husmear cuanto pasa. Ello es que en el cerro esperan la llegada de una gran comitiva; pero quiénes sean los que han de venir, el lagarto, ó no supo, ó no quiso decírmelo. Están apalabrados en esta ocasión todos los fuegos fátuos de la comarca, para una de esas vistosas procesiones que llaman de antorchas, y todo el oro y la plata, de que hay en el monte grande abundancia, ha de ser pulido y espuesto á la claridad de la luna.

—Pero, en suma ¿quiénes serán estos huéspedes?—preguntábase todos los lagartos.—Algo nuevo debe de haber por allá. ¡Oid cómo anda la gresca en el monte!

En esto se abrió el cerro de los Duendes; y de la caverna salió brincando una dueña duende, que era la mayordoma del rey del cerro, algo pariente, aunque lejana, de la real familia y muy entendida en eso de manejar con economía los andares de una casa. Llevaba en la frente un corazón de ámbar: en lo demás iba vestida con traje casero. Corría, y corría; pero tan ligera, como si no contase sino quince abridores; que no era poco, pues no bajaba de los setenta. Y así corriendo y brincando, bajó hasta la playa del mar, hacia donde estaba el cuervo nocturno (1).

—Estás convidado para el cerro de los Duendes esta misma noche,—le dijo,—y nos harás un servicio con encargarte de llevar todos los recados de convite. Algo has de trabajar para hacerte útil, ya que no tienes casa puesta. Vamos á recibir huéspedes de alta categoría, encantadores, que vienen á tratar de un asunto grave, y el rey de los duendes quiere recibirlos de gran gala.

—¿Y á quien tengo que convidar?

—Todo el mundo puede venir á nuestro baile, hasta los seres humanos, con tal que no hablen durante su sueño, ni hagan nada de lo que pertenece á nuestra profesion. Pero los convidados han de ser muy selectos, y no admitiremos en la mesa y en la sala principales sino á los personajes de mas alto rango. He tenido sobre esto una disputa con el rey; pues yo era de parecer que no debíamos admitir á ningún espectro. La sirena macho y sus hijas han de ser de los primeros convidados, y como acaso no les gustaria pasar la noche en tierra enjuta, se les prepara una roca mojada, ó tal vez algo mas acomodado, en que se sienten; de suerte que esta vez no es de creer que rehusen el convite. También hemos de tener en la reunion á todos los diablos de primera clase que cargan rabo, á los espíritus y á los gnomos, y por supuesto no hay que olvidar al puerco de la tumba, ni al caballo de la muerte (2), ni al enano del cementerio. Es verdad que mas bien pertenecen al mundo de los espíritus que al nuestro: pero esto es solo en virtud de su oficio, pues

(1) Antiguamente cuando se aparecía un espectro se le exorcizaba y se le hacia volver debajo de tierra, y se plantaba una estaca en el paraje en donde esto habia acaecido. A media noche se oía un grito, que decia «Soldad!» Se quitaba entonces la estaca y el espíritu exorcizado volaba en forma de cuervo, con un agujero en su ala izquierda. A esta especie de ave espectro se le llamaba cuervo nocturno.

(2) Segun una antigua superstición dinamarquesa, en cada iglesia que se construye se ha de sepultar á un caballo, cuyo espíritu es el caballo de la muerte que viene brincando en solos tres pies todas las noches á la casa de las personas que van á morir. En algunas iglesias cree la superstición que se enterraba á un cerdo, á cuyo espíritu llaman el puerco de la tumba.

en lo demás son muy parientes nuestros y con frecuencia nos visitan.

Oído esto, el cuervo de la noche dió un graznido y voló presuroso á invitar á los convidados.

Las sílfides del cerro de los Duendes estaban ya danzando; y danzaban adornadas con chales de neblina y de claro de luna, que era lo mas lindo que podia verse para quien de ello gustase. El gran salon de baile, en el centro del cerro, estaba encantadoramente embellecido en aquella noche: el pavimento se habia lavado con manteca de brujas y las paredes con rayos de luna, de suerte que resplandecían á la luz de los candelabros como tulipanes á la del sol. En las cocinas se estaban preparando multitud de platos á cual mas exquisitos: ranas asadas, escamas de sierpe y una ensalada de semilla de setas con hocicos de ratas y hojas de cicuta. Había dispuesta mucha cerveza, de la cervecería de la muger del pantano, y vino añejo, de salitre sacado de las bóvedas de un cementerio.

Además de todas estas viandas sólidas y bebidas confortantes, habia para los postres clavos enmohecidos y picadillo de cristales de iglesia.

El viejo rey de los duendes llevaba puesta en la cabeza su corona de oro, pulida con polvos de lápiz de pizarra, y de la pizarra mas escasa, muy difícil de conseguir para un rey de duendes. En su cuarto de dormir habia ricas colgaduras prendidas con baba de caracol.

Todo estaba animado; con mucho ir y venir de doncellas y de dueñas duendes, que atendían al arreglo del festín. Y el ruido era grande, y aun crecía de punto á cada instante.

—Ahora tenemos que perfumar este sitio con crines de caballo y cerdas de erizo, y por mi parte habré terminado la tarea;—dijo la dueña mayordoma.

—Papá—dijo la hija menor del rey,—¿quiereis decirme quiénes son nuestros ilustres huéspedes?

—¿Por qué no?—replicó el rey.—Dos de mis hijas han de estar hoy preparadas para casarse; porque dos de ellas hoy sin falta se casarán. El anciano gnomo de Noruega, que vive en las recónditas y célebres montañas de Dovre, y que posee en aquellas escarpadas peñas gran número de castillos, además de una mina de oro que se considera como una de las mas ricas, va á venir aquí con sus dos hijos, que andan buscando esposa. El viejo gnomo es un anciano noruego, de corazón abierto, honrado, jovial y muy cortés. Le conocí yo, hace muchos años, cuando solíamos brindar juntos por nuestra amistad. Aquí vino también á buscar su esposa, que está ya difunta, y que era hija del rey de las minas de cal de Mon. ¡Oh! y cuánto me tarda el volver á ver al viejo gnomo de Noruega; ¡mi antiguo camarada! Me dicen que sus hijos son muy malcriados; dos mozos muy impertinentes; pero tal vez se les calumnia, y además pueden ir mejorando á medida que vayan creciendo en años. Hagamos de modo que aprendan buenas maneras de nuestra familia.

—¿Y cuándo estarán aquí?—preguntó otra de las hijas.

—Esto depende del viento y del tiempo,—contestó el rey de los duendes.—Viajan con economía y han aguardado á que salga una embarcación para acá. Yo queria que viniesen al través de Suecia; pero el viejo gnomo no gustaba de esta travesía. Es persona que no sigue el progreso de los tiempos, y esto es cosa que me desagrada mucho en él.

En esto vieronse dos fuegos fátuos, que venían navegando, uno mas de prisa que el otro, y por consiguiente aquel llegó primero.

—¡Aquí están! ¡Aquí están! gritaron todos los del cerro.

—Dadme mi corona, que voy á esperarles en el claro de la luna.

Las hijas levantaron los chales y se inclinaron, haciendo una profunda reverencia hasta el suelo. Allí estaba el viejo gnomo de Dovre, con su corona de hielo macizo rematada con pomos de abetos. Llevaba una piel de oso, y grandes zapatones de becerro; pero sus dos hijos venían con el pescuezo desnudo y sin abrazaderas; pues eran mozos robustos.

—¿Es este un cerro?—preguntó el menor de ellos indicando el de los Duendes.—En nuestro pais lo llamaríamos, á lo mas, una hondonada.

—¡Muchachos! la hondonada se encoge hacia dentro: el cerro se eleva para fuera? No teneis ojos para ver, ni cabeza para discernir—Así les dijo el viejo de Noruega, algo mohino por cierto.

La sola cosa que les pareció bien por allá fué que podían comprender la lengua que allí se hablaba, aunque con algun trabajo.

—Tened cuenta con lo que decís—añadió el viejo;—no parece sino que sois dos cachorros mal nacidos.

Entraron todos en el cerro de los Duendes, en donde estaba ya esperándoles la selecta asamblea, la cual se habia reunido allí en un instante. Los preparativos para tratar debidamente á cada uno de los huéspedes y convidados segun su clase é inclinaciones, estaban hábilmente dispuestos. Los habitantes del mar estaban sentados á la mesa en grandes cubos de agua, y decían que en efecto se encontraban como en casa. Todos se portaron muy bien durante el banquete; excepto los jóvenes gnomos del norte, que se sentaban poniendo los pies sobre la mesa; pues creían que todo les era lícito.

—¡Quitad esas patas de la mesa!—les dijo regañándoles el viejo gnomo, y le obedecieron, aunque con repugnancia, y no sin que se lo tuviese que repetir.

Hacían cosquillas á las damas duendes que les servían, con piñas de abeto que llevaban en las faltriqueras: luego se quitaron las botas para estar mas á gusto, y se las dieron á ellas para que las guardasen en lugar seguro. Pero su padre era otra cosa: habló de una manera sumamente agradable de sus elevadas peñas del norte, y de las cascadas que de ellas se desplomaban entre nubes de blanca y ruidosa espuma, y de los salmones que brincaban por entre aquellas olas, mientras que el dios de las aguas pulsaba su arpa de oro, y de las bellas noches de invierno, durante las cuales se oye el sonido alegre de los cascabeles de los trineos y se deslizan los muchachos con antorchas encendidas por el suelo.

de hielo, tan transparente, que en él se reflejan y debajo miran á los peces que asustados se ahuyentan presurosos. Hizo toda esta relacion tan al vivo, que todos podían ver y oír las cosas que estaba refiriéndoles; y despues de esto el viejo gnomo dió á la dueña un resonante beso; y eso que no eran ni parientes.

Terminado el banquete, salieron á bailar las jóvenes duendes, primeramente una danza sencilla, luego otra con figuras y evoluciones, que daba gusto verlas, y al fin bailaron un paso de carácter. Y ¡con qué gracia mecían sus cuerpos de sílfide y resbalaban los pies por el suelo casi sin tocarle! Era tal el laberinto de sus figuras y la rapidez con que las ejecutaban, que apenas podía distinguirse cuáles fuesen los brazos y cuáles las piernas. Parecía aquello un molino de aserrar en movimiento. Y así fueron danzando, y dando vueltas, y revueltas, y meciéndose, como personas en columpio, hasta que el caballo de la muerte y el puerco de la tumba se sintieron ya tan haitos y enfermos, de lo mucho que habían comido, que tuvieron que levantarse de la mesa, con lo cual se suspendió la danza.

—¡Magnífico ha estado todo esto!— dijo el rey de Dovre,—pero ¿qué otra cosa saben hacer estas muchachas, fuera de bailar y revolverse como torbellinos?

—Ahora la vereis,—contestó el rey de los duendes, y llamó á la mayor de sus hijas.

Era esta sumamente delgada, y tan trasparente como un rayo de la luna. Cogió una astilla de palo blanco, se la puso en la boca, y al punto desapareció como por ensalmo. Esta era su habilidad.

Pero el viejo dijo que no le gustaria semejante virtud, en muger que hubiese de ser su esposa, y pensaba que sus dos hijos serian del mismo parecer.

Otra podia bailar alrededor de sí misma, como si tuviese una sombra: la cual no tienen los gnomos.

La tercera era por otro estilo; habia aprendido algunas cosas en la cervecería de la esposa del pantano, y adquirido todo el arte y el misterio de rellenar albondiguillas de carne mechada de duende con luciérnagas.

—Esta hará una buena mayordoma,—dijo el viejo gnomo, asomando no mas los labios á la copa; pues era muy sóbrio y no queria emborracharse aquella noche.

Vino en esto la cuarta de las hijas, con una arpa, y apenas vibró la primera cuerda, todos los que estaban allí presentes se sintieron forzados á levantar el pié izquierdo; pues los gnomos son zurdos del pié. Y cuando vibró la segunda cuerda todos tuvieron que hacer cuanto la hija del rey queria que hiciesen.

—Esta seria esposa muy peligrosa,—dijo el viejo, que estaban ya fastidiados.

—¿Y qué sabe hacer la otra hija?—preguntó el anciano rey de Dovre.

—He aprendido á amar cuanto es de Noruega,—contestó la quinta de las hijas, y jamás me casaré si no es para ir á aquel pais.

Pero la mas chica de las niñas dijo en voz baja, al oido del viejo gnomo:—Esto es porque ha oido en la cancion noruega que cuando llegue el otro diluvio, que ha de ahogar al mundo, los cerros del norte sobrenadarán por encima de la gran inundacion, como otras tantas losas sepulcrales, y por esto quiere ir á vivir en aquellas peñas elevadas; pues le dá miedo la muerte.

—¡Ah! ¡ah!—esclamó el viejo.—¿Con que por esto y no mas quiere á los noruegos? Mas ¿qué sabe hacer la sétima y última de vuestras hijas?

—Antes de la sétima hay todavía la sesta,—respondióle el rey de los duendes, que sabia un poco de cuentas.

Pero la sexta hija no quiso salir en medio de la sala, como habían hecho sus hermanas duendes. Se quedó sentada en un rincon y desde allí dijo:

—Yo no sé mas que decir las verdades á la gente. Ni los demás piensan en mí, ni yo me intereso en los demás; estoy esclusivamente dedicada á prepararme para morir, y bastante tengo que hacer con coserme mi mortaja.

Por fin salió la sétima hija, diciendo que sabia contar cuentos, y que nunca se le acababan.

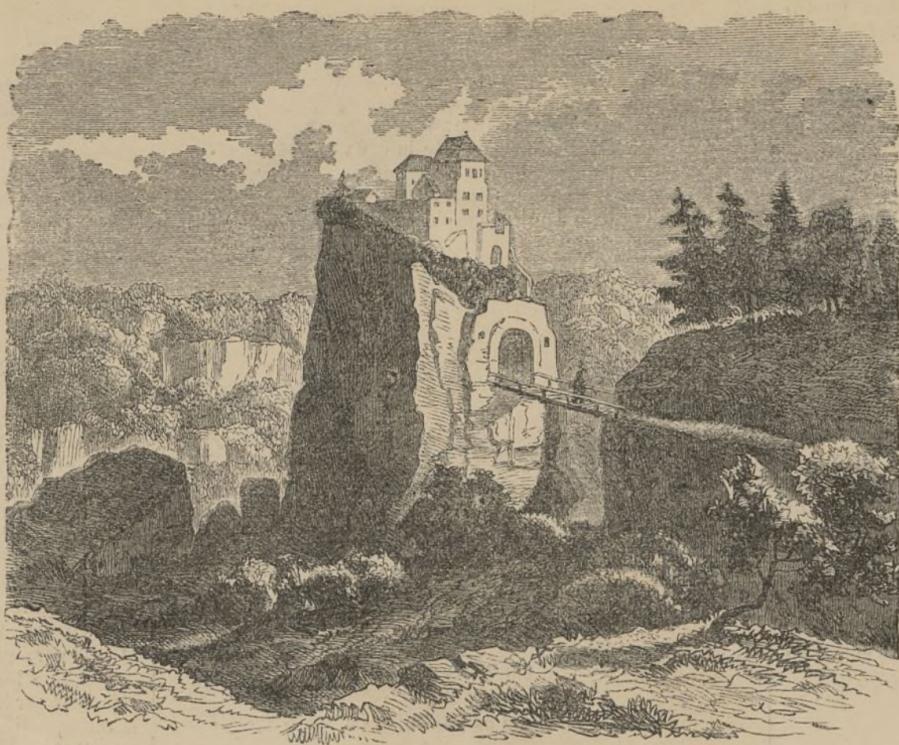
—Ahí están mis cinco dedos,—dijole el viejo;—me vas á contar un cuento por cada uno.

La muchacha duende le cogió la mano y comenzó á contarle una historia y luego otra, y otra mas, y el viejo se reía, hasta poco menos que reventar. Y al cabo de la tercera conseja, cuando la sétima hija del rey de los duendes llegó al cuarto dedo del rey noruego, en cuyo dedo tenia este una sortija, que estaba como si supiese que allí habia de haber boda muy pronto, el viejo dijo á la muchacha.

—Aprieta recio lo que has cogido, esta mano es tuya, voy á casarme contigo en este momento.

La niña le hizo observar que aun faltaban dos cuentos de los cinco prometidos; pero el rey de Dovre le contestó:

—No importa; me los contarás durante el invierno. Tiempo tendremos, y me hablarás del abeto, y del abedul, y de los regalos de los espíritus, y de la rígida escarcha. Todos los cuentos que quisieres me podrás contar cuando estemos en Noruega; porque allí nadie sabe contarlos. Y allí estaremos en el salon de roca, en donde arde un fuego de oloroso pino, y beberemos cerveza en las copas de cuerno que he heredado de los antiguos reyes de Noruega. Dos de ellas me dió el dios de las aguas. Allí nos divertiremos en nuestros festines y



Castillo de Bronnen.

llegará á visitarnos la ninfa de las aguas, y nos cantará todos los cantos de las pastoras de la montaña. Entretanto el salmon brincará dentro de las aguas de la cascada, besando con la cola las paredes de roca; pero no podrá saltar por ellas. ¡Es agradable, muy agradable el vivir en Noruega! ¿Pero, dónde están mis dos hijos?

—¿En dónde? Estaban fuera de la casa, apagando á soplos los fuegos fátuos que habían tenido la cortesía de venir para la procesion de las antorchas.

—Sois un par de traviosos, sin pizca de juicio,—les dijo el viejo, y añadió:—sabad que os he elegido una nueva madre; con que, si quereis casaros, coged á alguna de vuestras tías.

Mas los muchachos prefirieron quedarse solteros. Hicieron una arenga, felicitando á los novios y bebieron á su salud. Se quitaron luego los vestidos exteriores, y se acostaron sobre los manteles de la mesa; pues se consideraban ya como de casa.

El viejo gnomo bailó con su novia, y ambos trocaron los zapatos, que es aun mas gracioso que trocar los anillos.

—¡Ya va á cantar el gallo!—gritó en esto con gangosa voz la vieja dueña mayordoma.—Es menester que cerremos las puertas, para que el sol no nos acriville.

Y se cerró el Cerro de los Duendes.

Pero los lagartos siguieron subiendo y bajando por las grietas del árbol, y se decian uno á otro: ¡Cuánto me ha gustado el gnomo de Noruega!

—Mas me gustaron sus hijos, dijo el gusano. Pero el mísero animal estaba ciego!

#### Á MATILDE.

Dime si eres un sueño, allá creado  
De algun poeta en la ardorosa mente,  
Cuando en la inspiracion osadamente  
Se eleva á lo imposible, á los estremido;

Dime si eres un ángel, desterrado  
Del cielo por el Ser Omnipotente,  
Y que al dejar la esencia trasparente  
Tu celestial belleza has conservado:

Que al mirar de tu angélica hermosura  
La sobrehumana perfeccion estrema  
Que de amor y delicia nos embriaga,  
El alma con tristeza y amargura

Que seas leve sombra acaso tema  
Y que el soplo del aire te deshaga.

F.

#### REFRAN ANTIGUO.

RETIRADO COMO UN SEMANERO.

Se aplica á un secular, bien que con mas propiedad á un eclesiástico de vida ejemplar y retirada, apartado del trato de las gentes.

Es una alusion á cierta antigua costumbre observada en algunas iglesias catedrales. Con la santa idea de que el canónigo semanero que habia de oficiar durante los siete dias de la semana, no se distrajesen con objetos profanos, permanecia toda la octava recogido en una modesta habitacion que tenian dispuesta en la misma iglesia, y de la cual no salia mas que para celebrar el santo sacrificio de la Misa, y para asistir al rezo de las horas canónicas.

Al efecto, y á fin de dar á esta resolucion la importancia necesaria, el sábado por la noche todo el clero ó cabildo conducian en procesion al canónigo que entraba de semana, á la vivienda que se tenia destinada para su retiro.

Uno de los cuatrocientos *aforismos* catalanes del doctor Joan Cárlos Amat dice:

*Lo sacerdot retirat  
De tothom es estimat.*

Barcelona.

V. JOAQUIN BASTÚS.

#### APUNTES DE VIAJE.

AMBERES.

Una de las ciudades que conservan mas en sus edificios el carácter de la edad media es Amberes; esta ciudad tan célebre en la historia está construida á orillas del Escalda y tiene hermosas plazas y calles. En la plaza de Meer se vé el antiguo palacio imperial, la catedral tiene 543 pies de elevacion y su torre mayor contiene uno de los mas hermosos juegos ó repiques de campanas que hay en Bélgica. En esta iglesia se admira el Descendimiento de la Cruz por Rubens y otros cuadros de célebres maestros. El sepulcro de Rubens se halla en la iglesia de S. Jaime, que es una de las cinco parroquias de Amberes. Entre otros muchos edificios notables que hay en esta ciudad, lo son sin duda el llamado de la

carnicería; la Casa consistorial, que es de bellísima arquitectura gótica; la Lonja, que es una de las mas hermosas de Europa; la casa Anseática; los diques; los puentes; las seis puertas de la ciudad; el baño; los astilleros; la iglesia que fué de los jesuitas; las de S. Jaime y S. Andrés; y el teatro. Las inmediaciones de la ciudad ofrecen paseos deliciosos, entre otros el Parque, y los arrabales son magníficos, particularmente el de Borgerhout. El puerto es cómodo y profundo y puede contener á lo menos mil buques, los que por medio de canales penetran hasta el interior de la ciudad.

FLORES.

#### VARIEDADES.

*El Etna.*—Volcan de la Sicilia, de cerca de 10,000 pies de elevacion y cuya base tiene unas 40 leguas de circunferencia. La temperatura, lo mismo que las de las montañas de los climas templados, es variable segun las diferentes alturas: se la divide en tres regiones: 1.ª la del cultivo; 2.ª la de los bosques; 3.ª la de las nieves. Se cuentan mas de 80 erupciones de este volcan, entre las cuales ha sido notable la de 1812 por haber durado muchos meses. La lava de la erupcion de 1753, tenia cerca de 6,000 pies de ancho por 200 de espesor, y la de la erupcion de 1669 que no tenia mas que unos 100 pies de espesor, contaba una legua de ancho por cuatro de largo.

#### EPIGRAMA.

No tengamos compromiso,  
dijo su madre Prudencia  
á Inés, que al pollo Narciso  
recibia con frecuencia,  
y respondió: no te asuste,  
pues no hay peligro que valga,  
mientras de pollo no salga  
¿qué importa que á mí me guste?

J. GARCIA DE LA FOZ.

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

No se rindió Zamora en una hora.

Por todo lo no firmado,  
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,  
calle del Arco de Santa María, núm. 7.